

Al-Jeda

U.P.R. P-223

LISTA DE PERSONAJES:

La escuela del escándalo
de Sheridan

- SIR PETER TEAZLE, caballero algo maduro, esposo de Lady Teazle, tutor de María.
 - SIR OLIVER SURFACE, el tío de las Indias.
 - JOSÉ SURFACE - sus sobrinos
 - CARLOS SURFACE - del círculo de maledicentes de Lady Sneerwell
 - EL TÍO CANGREJAL
 - SIR BENJAMÍN MORDAZ.
 - ROWLEY, antiguo servidor del difunto hermano de Sir Oliver.
 - MOISÉS, prestamista.
 - LANCE, sirviente de Carlos Surface.
 - SNAKE, intrigante al servicio de Lady Sneerwell.
 - SIR HARRY BUMPER camaradas de Carlos Surface.
 - DESCUIDO
 - LADY TEAZLE, esposa de Sir Peter.
 - MARÍA, su pupila.
 - LADY SNEERWELL, maestra de rumores y escándalos.
 - LA SRA. CÁNDIDA, una de sus amigas.
- La obra fué estrenada con éxito en el teatro de Drury Lane, el 8 de mayo de 1777.

numerosas alusiones al mundo de la usura y de los intereses, puesto que se trataba en realidad de un problema candente: en 1777 un *Annuity Bill* (cf. Acto III, esc. 1) no reconocía validez a los préstamos hechos a menores. En el Acto IV, esc. I, el "saco de lana" (inglés *woolsack*, recuerdo de la importancia de las lanas para el comercio del país) alude al asiento del Canciller en el Parlamento. *Rupias* y *pagodas* (Acto V, esc. 1) son monedas de la India, así como los *avadavats* del original designan un pájaro cantor (en inglés *strawberry finch*). En la escena 2ª, los *Montem* se refieren a una ceremonia trienal de los muchachos de Eton: durante su transcurso solían recaudar dinero para sus becas. Por último, en un delicioso *Epilogo*, el comediógrafo Colman parodia en los adioses de Lady Teazle la tirada famosa de Otelo (Acto III, escena 3ª); de allí provienen el "renombre, pompa y circunstancia..." de los que deberá prescindir en lo sucesivo la coqueta arrepentida.

C.1
1181981
25/11/08

USU. SALA
ALFONSO

Prof. Ramonita Toro
Historia del Teatro II
Teat. 3102

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UPR-PR

EPILOGO

(Compuesto por el Sr. Colman, para ser pronunciado por el personaje de Lady Teazle:)

¡Yo, siempre tan volátil, como viento
de ruta, soplaré en sólo un sentido
y ceñiré mis votos, mis intentos,
a una vieja veleta: mi marido!
Tras alegre comedia, triste epílogo:
nuestro virtuoso bardo así lo quiere...
aprenderéis aquí a guiar los pasos,
solterones con mozas por mujeres.
Venga la bella a la ciudad, ansiosa
de vivir, y será Londres su escuela:
un baño es de agua fría, que remoza,
afianza el ánimo y los nervios templada.
Tal fué mi caso; y en verdad deploro
que se esfumen mis sueños de delicias:
¿hubo dama de más vivaz decoro,
nacida para lujos y franquicias,
marchita al iniciar su gaya ciencia
y condenada a suerte tan implía?
Ahorrar... cuando gastar fué mi experiencia.
¡Dejar Londres... cuando empezó mi vidal
¿He de esperar al gallo matutino
y del reloj el tictac soñoliento,
enterrada en refugio campesino,
entre perros y gatos y arrapiezos?

140

¿Oír al señor cura en sus sermones,
(mientras liban Sir Peter y el hidalgo)
y en un tresillo enmohecer mis dones,
cuando es en otros juegos donde valgo?
¡El siete paga! ¡Adiós clamor amado,
perdido entre los fuegos navideños,
la hora fugaz de modas se ha apagado,
adiós paz interior, adiós empeños!
¡Adiós galas y plumas y cojines,
cabezas que el menor soplo despeina,
visitas y rumores... a maitines,
espadas, tretas, bastos, rey y reinal
¡Aldabones que con bronceada voz
dáis bienvenida al visitante, adiós;
adiós renombre, pompa y circunstancia
de la vida gloriosa en la ciudad,
adiós, renuncio a tan gentil estancia,
y Lady Teazle promete humildad!
Lo dije al bardo, y contestó sonriente:
"Drama tendréis para el año siguiente."
Y no tardó en sacar su moraleja,
engolando la voz mientras se aleja:
"Cuando cae el telón, feliz la bella
que abjura de su error; todo se olvida
si en no hacer el ridículo se empeña
en el teatro más amplio que es la vida."

141

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UPR-PR

mañana por la mañana será la boda.

CARLOS S. — Gracias, querido tío.

SIR PET. — ¡Cómo, granujal! ¿No pides ante todo el consentimiento de la niña?

CARLOS S. — Oh, ya lo pedí hace mucho tiempo... hace un minuto, digo... y sus ojos han dicho que sí.

MARÍA. — ¡Carlos, qué vergüenzal... Le aseguro, Sir Peter, que ni una palabra...

SIR OL. — Pues entonces, cuantas menos mejor: que este mutuo amor no conozca disminuciones.

SIR PET. — ¡Y que vivan en tan feliz armonía como la que nos proponemos compartir Lady Teazle y yo!

CARLOS S. — Rowley, viejo amigo, estoy seguro de que te congratulas; y sospecho que en gran parte lo debo a ti.

SIR OL. — A fe que así es, Carlos.

ROWLEY. — Si mis esfuerzos por servirle hubieran fracasado, me habría debido agradecer el intentarlo... pero merezca esta felicidad y nuestra deuda está saldada.

SIR PET. — Ah, el honrado Rowley afirmó siempre que te corregirías.

CARLOS S. — En cuanto a corregirme, Sir Peter, no haré promesa alguna, y lo considero como una prueba de que me empeñaré en cumplirlo. Pero aquí tendré a mi monitor... a mi guía gentil. ¿Quién podría abandonar el virtuoso sendero que esos ojos iluminan?

Aunque renuncies a tu bello imperio,
aun reinarás, niña, pues yo obedezco:
humilde fugitivo del Error,
sólo hallo en ti santuario, en el Amor.
(Volviéndose hacia la audiencia:)
Rumores y temores no os conmuevan,
callan las malas lenguas, si aquí aprueban.

Carlos y María se vuelven a mirar.

el doble por decir la verdad.

LADY SNEER. (*Disponiéndose a salir.*) — ¡Ojalá recaigan sobre todos mi rabia y mi vergüenza!

LADY T. — Un momento, Lady Sneerwell... antes de retirarse, permítame darle gracias por la molestia que se tomaron Ud. y ese caballero, al escribir cartas más a Carlos y encargarse también de su respuesta; y le ruego además que transmita mis respetos al escandaloso colegio que dignamente preside, y les comuniqué que Lady Teazle, ya graduada, les devuelve el diploma que le concedieron, pues deja la carrera y ya no se dedica a matar reputaciones.

LADY SNEER. — ¡Ud. también señora!... ¡Llena de provocación e insolencia! ¡Ojalá le viva cincuenta años su marido! (*Sale.*)

SIR PET. — ¡Diantrel! ¡Qué arplal!

LADY T. — ¡Maligno corazón, en verdad!

SIR PET. — ¡Cómol! ¿No lo dirá Ud. por su último deseo?

LADY T. — ¡Oh no!

SIR OL. — Y bien, señor mío, ¿qué le queda por decir?

JOSÉ S. — Señor, es tal mi confusión al descubrir que Lady Sneerwell fué capaz de sobornar al Sr. Snake de esta manera, con el fin de embaucarnos a todos, que no sé qué decir: de cualquier modo, antes de que su espíritu vengativo la impulse a dañar a mi hermano, mejor será que le siga los pasos. (*Sale.*)

Lady Sneer ¹³⁶ es descubierta

SIR PET. — ¡Moral hasta la última gota!

SIR OL. — Bien está, José, y cástate con ella, si puedes. ¡Aceite y vinagre!... caramba, congeñarán a maravilla.

ROWLEY. — ¿Creo que ya no hay motivo para retener al Sr. Snake?

SNAKE. — Antes de irme, pido perdón una vez por todas, si he podido ser un humilde instrumento de incomodidad para alguna de las personas presentes.

SIR PET. — No importa, lo compensó Ud. por una buena acción al final.

SNAKE. — Pero debo solicitar de la compañía que nunca llegue a saberse.

SIR PET. — ¡Cómo diablos! ¿Tiene Ud. vergüenza de haber hecho lo correcto una vez en su vida?

SNAKE. — Ah, señor, considere... vivo de lo péximo de mi reputación; si llegara a saberse que me he dejado atrapar en una acción honesta, perdería hasta el último amigo que me queda.

SIR OL. — Bueno, bueno... no lo difamaremos contando algo en su alabanza, pierda cuidado. (*Sale Snake.*)

SIR PET. — ¡Es lo que se llama un bribón rebuscado!

LADY T. — Ve Ud., Sir Oliver, ya no hace falta persuasión para reconciliar a María con su sobrino.

SIR OL. — Sí, así es como tenía que ser; pardiez,

si no parece mortificarme la exposición de mis extravíos, es porque en este momento me llena de satisfacción el verle a Ud., mi liberal benefactor.

SIR OL. — Te creo, Carlos. Venga esa mano otra vez: el ganapán mal parecido encima del canapé te da la absolución.

CARLOS S. — Con ello, señor, aumenta todavía más mi gratitud por el original.

LADY T. (*Adelantándose.*) — Creo sin embargo, Sir Oliver, que hay alguien con quien Carlos que parece en vías de reformarse, juraría que ansía más aún reconciliarse. (*Señala hacia María.*)

SIR OL. — Oh, ya me han hablado de sus afectos; con perdón de la niña, si no interpreto mal... ese rubor...

SIR PET. — Y bien, criatura, di lo que sientes.

MARÍA. — Poco tengo que decir: sólo cuánto me alegrará saber que él es feliz; en cuanto a mí, todo derecho que pude poseer a sus atenciones, lo cedo de buena gana a quien parece tener mejores títulos.

CARLOS S. — ¿Qué dices, María?

SIR PET. — ¡Bombas! ¿Qué misterio es éste? Mientras lo creían todos un incorregible libertino, sólo a él querías conceder tu mano; y ahora ya no te interesa.

MARÍA. — Mis motivos los conocen su corazón y Lady Sneerwell.

CARLOS S. — ¡Lady Sneerwell!

Sir Oliver perdona a Carlos

134

José S. — Hermano, con suma repugnancia me veo forzado a hablar sobre este punto, pero me impulsa mi amor por la justicia: los agravios de Lady Sneerwell ya no pueden ocultarse. (*Abre la puerta. Entra Lady Sneerwell.*)

SIR PET. — ¡Con que ésas tenemos! ¡Otra modistilla francesal Vaya, sospecho que esconde una en cada habitación de la casa.

LADY SNEER. — ¡Desagradecido Carlos! ¡Bien puede Ud. sorprenderse y lamentar la poco delicada situación a que me obliga su perfidia.

CARLOS S. — Tío, por favor, ¿es éste otro de sus planes? Como que estoy en vida que no lo entiendo.

José S. — Señor, en mi opinión sólo faltan las pruebas de una única persona para hacerlo más claro que el día.

SIR PET. — E imagino que esa persona es el Sr. Snake... ¡Qué razón tenía Ud., Rowley, al traerlo con nosotros! Hágalo comparecer.

ROWLEY. — Adelante, Sr. Snake. (*Entra Snake.*) Pensé que nos haría falta su testimonio; sin embargo, quiere la mala suerte que aparezca para desmentir a Lady Sneerwell, no para apoyarla.

LADY SNEER. — ¡Villano! ¡Tenía que traicionarme al final! Hable, mal sujeto, ¿también Ud. conspiró en contra de mí?

SNAKE. — Pido mil veces perdón a V. Señoría: me pagásteis con suma liberalidad la mentira en cuestión pero, desdichadamente, me ofrecieron

José, fruido de jugar a la
vela ¹³⁵ fue a cuenta pero es descubierta
por la confesión de Snake !!

gundo corrí el peligro de sufrir más que mis antepasados, y de que cayera el martillazo sin que nadie hiciera ninguna oferta.

JOSÉ S. — ¡Carlos!

CARLOS S. — ¡José!

JOSÉ S. — ¡Esto lo completal

CARLOS S. — Del todo.

SIR OL. — Sir Peter, amigo mío, y tú también, Rowley... contemplan allí a mi sobrino mayor. Ya conocen lo que ha recibido hasta ahora de mis larguezas; saben con qué alegría consideraba yo la mitad de mi fortuna como su futuro patrimonio. ¡Juzguen pues de mi amargura, al descubrir que ~~no posee ni sinceridad, ni caridad, ni gratitud!~~

SIR PET. — Sir Oliver, más me sorprendería esta declaración si antes no lo hubiera hallado mezquino, traidor e hipócrita.

LADY T. — Y si el caballero no acepta estas inculpaciones, que me hagan comparecer para redondear su retrato.

SIR PET. — En tal caso, creo que nada hay que agregar: si se conoce a sí mismo, admitirá que ~~no hay castigo mayor que saberse conocido por la gente.~~

CARLOS S. (*Aparte.*) — Si así hablan de la Honestidad, ¿qué dirán de mí cuando llegue mi turno? (*Sir Peter y Lady Teazle se apartan algo, junto con María.*)

SIR OL. — En cuanto al pródigo de su hermano...

CARLOS S. (*Aparte.*) — ¡Zas!, llegó mi parte: ¡me arruinaron los malditos cuadros de familiar

JOSÉ S. — Sir Oliver... tío, ¿me honrará Ud. con un poco de atención?

CARLOS S. (*Aparte.*) — Ea, si se embarca José en una de sus letanías, tal vez tenga tiempo de componerme un poco.

SIR OL. (*A José S.*) — ¿Sospecho que intentarás justificarte?

JOSÉ S. — Confío en que podría.

SIR OL. (*A Carlos S.*) — ¡Y bien, señor!... ¿También tú podrías justificarte, supongo?

CARLOS S. — Me temo que no, Sir Oliver.

SIR OL. — ¡Cómo!... ¿El gentil Premium oyó quizá demasiados secretos?

CARLOS S. — Así es, señor; pero eran secretos de familia y es preferible no volver a mencionarlos.

ROWLEY. — Vamos, Sir Oliver; sé que no puede mantener su cólera al hablar de las locuras de Carlos.

SIR OL. — Caramba, lo peor es que no puedo; y tampoco mantener la gravedad. Sir Peter, sabe Ud. que el granuja comerció conmigo todos sus antepasados; me vendió jueces y generales en montón, y tías solteras como si fueran cacharros rotos.

CARLOS S. — Confieso, Sir Oliver, que se me fué un poco la mano con los lienzos de la familia, y ésa es la verdad. Que se alcen mis antepasados a juzgarme, no les niego su derecho; pero crea en mi sinceridad si le digo... y por mi vida que no lo diría de no sentirlo... que

Descríbeme a José

y, aunque se ha mostrado tan poco dadivoso con Ud., verá lo que quiere hacer por mí.

JOSÉ S. — Señor, su permanencia aquí es imposible, de modo que le ruego... Venga en cualquier otro momento y le prometo que encontrará ayuda.

SIR OL. — Nada, nada; Sir Oliver y yo debemos conocernos.

JOSÉ S. — ¡Al diablo, señor! Insisto entonces en que se retire cuanto antes.

SIR OL. — Por favor, señor...

JOSÉ S. — ¡Insisto en ello!... ¡Aquí, Guillermo! Acompañe al caballero hasta la puerta. Puesto que me obliga, ni un instante... tanta insolencia. *(Se dispone a empujarlo fuera. Entra Carlos Surface.)*

CARLOS S. — ¡Rayos! ¿De qué se trata ahora? ¿Por qué diablos la emprendes con mi pequeño prestamista? Vamos, hermano, a no lastimar al gentil Premium. ¿Qué es lo que ocurre, amiguito?

JOSÉ S. — ¿Así que también en tu casa estuvo de visita?

CARLOS S. — Por supuesto. Cómo, es el más honrado de cuantos... Ea, José, ¿no habrás estado pidiendo tú también un préstamo, eh?

JOSÉ S. — ¡Un préstamo! ¡No! Pero, hermano, sabes que puede sobrevenir Sir Oliver en cualquier...

CARLOS S. — ¡Dioses, tienes razón! El viejo Ol no debe encontrar aquí al amable prestamista, eso es seguro.

JOSÉ S. — Pues el Sr. Stanley insiste...

Haga Carlos ¹³⁰ y lo llamo Premium. Sea

JOSÉ S. — No señor, Stanley.

CARLOS S. — No, no, Premium.

CARLOS S. — ¡Stanley! Cómo, su nombre es Premium.

JOSÉ S. — Bueno, sea como sea... pero...

CARLOS S. — Seguro, Stanley o Premium, lo mismo da, tú lo has dicho; supongo que lo conocerán por cincuenta nombres, amén de N.N. en sus negocios del café. *(Llaman a la puerta.)*

JOSÉ S. — ¡Por vida! Ya está Sir Oliver a la puerta. Vuelvo a rogarle, Sr. Stanley...

CARLOS S. — Así es, le ruego, Sr. Premium...

SIR OL. — Caballeros...

JOSÉ S. — ¡Señor, se irá Ud. con mil pares de santos!

CARLOS S. — Sí, fuera con él, al momento.

SIR OL. — Esta violencia...

JOSÉ S. — Sólo Ud. tiene la culpa.

CARLOS S. — A la calle con él, sin contemplaciones. *(Ambos tratan de arrojar a Sir Oliver. Entran Sir Peter y Lady Teazle, María y Rowley.)*

SIR PET. — ¡Eh... Sir Oliver, mi viejo amigo! ¡Qué maravilla es ésto!... dos sobrinos modelo... ¡atacando al tío en su primera visita!

LADY T. — Bien estuvo, Sir Oliver, que llegáramos a rescatarlo.

ROWLEY. — Así fué en verdad; está a la vista, Sir Oliver, que el nombre del viejo Stanley no bastó para protegerlo.

SIR OL. — Ni el de Premium tampoco; los aprietos del primero no lograron arrancarle ni un chelín a ese benévolo caballero; y con el se-

Llegar Sir Peter Lady + María y Rowley y aclarar

inmediato Sir Peter con Carlos, y por lo tanto dejará de oponerse a su unión con María? La idea basta para quitarme el juicio.

JOSÉ S. — ¿Traería la locura algún remedio?

LADY SNEER. — No, pero tampoco lo trajo la astucia. ¡Oh, qué necia fui, qué imbécil, al confabularme con tamaño chapucero!

JOSÉ S. — Sin embargo, Lady Sneerwell, yo fui la primera víctima, y veis que soporto con calma la catástrofe.

LADY SNEER. — Claro, porque el fracaso no toca a su corazón; sólo el interés lo llevaba a María. Si hubiera sentido por ella lo que yo por aquel ingrato libertino, estaría tan mortificado que ni su carácter ni su hipocresía lograrían disimularlo.

JOSÉ S. — No me explico por qué V. Señoría se ensaña conmigo por esta desilusión.

LADY SNEER. — ¿No fué Ud. el causante? ¿No tenía campo suficiente para sus bribonadas al engatusar a Sir Peter y tratar de suplantar a un hermano? ¿Por qué intentó además seducir a su mujer? Odio tanta avaricia en el hacer daño; es un monopolio injusto, y jamás prospera.

JOSÉ S. — Está bien, admito mis errores. Confieso que me aparté del recto sendero del mal, pero no creo que sea tan total nuestra derrota.

LADY SNEER. — ¡No!

JOSÉ S. — ¿Me dice V. Señoría que últimamente puso a Snake a prueba, y que aun lo cree fiel a nuestra causa?

LADY SNEER. — Así lo creo.

JOSÉ S. — ¿Y que ha prometido jurar y probar, si es necesario, que Carlos está ligado a V. Se-

ñoría por su honor y su promesa, lo cual podría apoyarse en algunas de sus antiguas cartas?

LADY SNEER. — Esto, a decir verdad, podría servir de algo.

JOSÉ S. — Vamos, vamos; no es todavía demasiado tarde... (Golpea a la puerta.) ¡Atención! Quizás sea mi tío, Sir Oliver. Retiráos a la otra habitación; cuando se haya marchado volveremos a nuestros planes.

LADY SNEER. — Esperemos que no lo ponga también él en descubierto.

JOSÉ S. — Oh, no hay ningún temor de eso. Sir Peter se morderá la lengua antes de hablar, en bien de su propia estimación... y estad segura, ¡no tardaré en descubrir el lado flaco de Sir Oliver!

LADY SNEER. — ¡Jamás dudé de sus habilidades! Pero manténgase fiel a una treta por vez.

JOSÉ S. — ¡Así lo haré! ¡Así lo haré!... (Sale Lady Sneerwell.) ¡Caramba! Para colmo de males, es duro que lo irriten a uno sus propios confederados en el mal. Bueno, de todos modos, mi reputación es tan superior a la de Carlos que seguramente... ¡eh!... cómo... éste no es Sir Oliver, es el viejo Stanley nuevamente. ¡Qué pestel! ¡Volver a importunarme justamente ahora! Pronto vendrá Sir Oliver y lo encontrará aquí... (Entra Sir Oliver Surface.) Por vida de, Sr. Stanley, ¿cómo se atreve a venir a fastidiarme en este momento? No puede Ud. quedarse, se lo aseguro.

SIR OL. — Señor, supe que esperaban a Sir Oliver

Llega Sir Oliver con Stanley
a ver a José

SIR OL. — Vaya, vaya, tampoco es justo reírse de Ud., viejo amigo; lo cierto es que no puedo resistirlo, se lo juro.

SIR PET. — Por favor, no refrenen el alborozo por mi culpa: ¡no me hiere en lo mínimo! Yo soy el primero en reír de todo el lance. Así es, pienso que ser la burla de todas sus amistades es una bendita situación. ¡Y lo más entretenido será leer, el día menos pensado, los párrafos acerca del Sr. S..., Lady T... y Sir P...!

Rowley. — Sin mentir, Sir Peter, bien puede Ud. despreciar la risa de los bobos. Pero veo a Lady Teazle que se dirige hacia el otro salón; estoy seguro de que desea Ud. una reconciliación casi tanto como ella.

SIR OL. — Tal vez mi presencia aquí le impide acercarse. Y bien, dejaré que el valiente Rowley sirva como mediador; pero él mismo debe llevar a todos sin tardanza a casa del Sr. Surface, adonde ahora regreso, no ya a rescatar a un libertino sino a desenmascarar a un hipócrita.

SIR PET. — Ah, de todo corazón estaré presente cuando Ud. se revele a sí mismo, Sir Oliver; aunque es un lugar malhadado para revelaciones.

ROWLEY. — Detrás iremos nosotros. *(Sale Sir Oliver Surface.)*

SIR PET. — No se presenta, Rowley, ya lo ve.

ROWLEY. — Quizá, pero ha dejado sin cerrar la puerta de su habitación. Mírela, está bañada en lágrimas.

SIR PET. — No hay duda, qué bien queda una pequeña mortificación en una esposa. ¿No cree

que si va a casa de José a desenmascarar a Sir Peter y esposa se van

que le hará bien si la dejamos que se angustie un poco?

ROWLEY. — ¡Oh, qué poco generoso!

SIR PET. — En verdad, no sé qué pensar. ¡Recuerde la carta que descubrí, de su mano y a todas luces dirigida a Carlos!

ROWLEY. — ¡Mero fraude, Sir Peter! La dejaron de intento en su camino. Sobre éste y otros puntos creo que el tal Snake podrá darle seguridad.

SIR PET. — Me gustaría quedar convencido de ello. Ea, dirige sus miradas hacia aquí. Con qué notable elegancia sabe girar la cabeza. Rowley, voy a ella.

ROWLEY. — Por supuesto.

SIR PET. — Aunque, al saber que estamos reconciliados, la gente se reirá de mí diez veces más.

ROWLEY. — Deje que se rían; la mejor respuesta a su malevolencia será mostrarles que se es feliz a pesar de ella. ✓

SIR PET. — ¡Así haré, a fe mía! O mucho yerro, o seremos todavía la pareja más feliz del reino.

ROWLEY. — Claro, Sir Peter, quien se ha resuelto a deponer sus sospechas...

SIR PET. — ¡Alto, maese Rowley! Si me estima Ud., no vuelva a hacerme escuchar nada que se parezca a una máxima: ya he oído suficientes como para guiarme durante el resto de mis días. *(Salen.)*

ESCENA III. — La biblioteca en casa de JOSÉ SURFACE

(Entra el dueño de casa con Lady Sneerwell.)

LADY SNEER. — ¡Imposible! ¿No se reconciliará de

Lady Sneer visita José para reclamarse lo suyo

CANGR. — Ya diremos cómo se nos ha tratado.
 (Sale.)

SIR PET. — ¡Fuera de mi casa!

SIR BEN. — Y con qué paciencia soporta Ud....
 (Sale.)

SIR PET. — ¡Demonios! ¡Vibras! ¡Arpas! ¡Ojalá se atraganten con su propio veneno!

SIR OL. — Y en verdad que pondrían a prueba la paciencia de un santo, Sir Peter. (Entra Rowley.)

ROWLEY. — Escuché voces: ¿lo ha irritado algo, señor?

SIR PET. — ¡Puah! ¿Para qué preguntar? ¿Paso alguna vez un día sin mis mortificaciones?

ROWLEY. — Perdón, no pretendí ser impertinente.

SIR OL. — Y bien, Sir Peter, entrevisté a mis dos sobrinos tal como nos lo habíamos propuesto.

SIR PET. — ¡Linda parejita forman entre los dos!

ROWLEY. — Ni más ni menos, y Sir Oliver se ha convencido de que estaba Ud. en lo cierto, Sir Peter.

SIR OL. — Así es, he descubierto que José es el indicado, después de todo.

ROWLEY. — Sí, tal como dice Sir Peter, es un hombre de buenos sentimientos.

SIR OL. — Y se rige por los sentimientos que profesa.

ROWLEY. — Nada más edificante que oírle conversar.

SIR OL. — ¡Oh, es un modelo para los jóvenes de su edad! Pero, ¿qué ocurre, Sir Peter? No se une Ud. como yo esperaba a nuestro coro en alabanza de su José.

SIR PET. — Sir Oliver, vivimos en un pícaro mundo, y cuanto menos elogiemos, tanto mejor.

124
 os descomulgados habían venido
 a casa de Sir Peter a saludarse de
 la supuesta muerte de Carlos y Sir Peter saludólos
 saludablemente por haber

ROWLEY. — ¡Cómo! ¿Ud. dice eso, Sir Peter, un hombre que jamás se equivocó en la vida?

SIR PET. — ¡El diablo se los lleve a los dos! Por este sarcasmo, comprendo que están al tanto de todo. ¡Esta gente va a volverme loco!

ROWLEY. — Entonces, para no irritarle aun más, le diré que en realidad ya sabemos todo. Me encontré con Lady Teazle tan humillada al volver de casa del Sr. Surface, que hasta se dignó rogarme que la defendiera ante Ud.

SIR PET. — ¿Y también Sir Oliver lo sabe todo?

SIR OL. — Sin olvidar detalle.

SIR PET. — ¿Cómo, también lo del gabinete? ¿y el biombo?

SIR OL. — Sí, sí, y la modistilla francesa. ¡Créame que he reído a carcajadas! ¡Hal! ¡Hal! ¡Hal!

SIR PET. — Fué muy divertido.

SIR OL. — Le aseguro que jamás reí tanto en mi vida. ¡Hal! ¡Hal! ¡Hal!

SIR PET. — ¡Oh, enormemente divertido! ¡Hal! ¡Hal!

ROWLEY. — A no dudar, ¡José con sus máximas! ¡Hal! ¡Hal! ¡Hal!

SIR PET. — ¡Sí, sus máximas! ¡Hal! ¡Hal! ¡Hal! ¡Hipócrita farsante!

SIR OL. — ¡Y el bribón de Carlos, sacando a Sir Peter de su gabinete! ¡Hal! ¡Hal! ¡Hal!

SIR PET. — ¡Hal! ¡Hal! ¡Fué una diversión endiablada, con seguridad!

SIR OL. — ¡Hal! ¡Hal! ¡Hal! ¡Cáspita, Sir Peter, me hubiera gustado verle la cara cuando se vino abajo el biombo! ¡Hal! ¡Hal!

SIR PET. — Sí, mi cara cuando cayó el biombo: ¡Hal! ¡Hal! ¡Hal! ¡Oh, no debo mostrarme más en ninguna parte!

Sir Oliver, Rowley y Sir Peter
 125 vienen de la muerte de

CANGR. — ¡Una bala alojada en el pecho, por mil pares!

SIR OLIVER. — ¡Doctor! ¡Una herida de espada! ¿Una bala en el pecho?... ¿Se han vuelto locos, buenas gentes?

SIR BEN. — ¿Quizá no sea Ud. el doctor?

SIR OL. — En verdad, si lo soy, a Ud. le deberé el título.

CANGR. — Sólo un amigo de Sir Peter entonces, por lo que veo. Ud. tiene que saber del accidente, ¿no es así?

SIR OL. — ¡Ni una palabra!

CANGR. — ¿Y tampoco su herida de peligro?

SIR OL. — ¡Al diablo si la tiene!

SIR BEN. — Por el cuerpo, dé parte a parte...

CANGR. — En el pecho, con una bala...

SIR BEN. — Por cierto Sr. Surface...

CANGR. — Sí, el más joven.

SIR OL. — ¡Demontrel! Parece haber una rara divergencia en los relatos, aunque todos se ponen de acuerdo en que Sir Peter esté gravemente herido.

SIR BEN. — Sí, en eso estamos de acuerdo.

CANGR. — Sí, sobre eso no cabe la menor duda.

SIR OL. — Entonces, palabra de honor, para alguien en tal situación es el hombre más imprudente del mundo: porque aquí viene, caminando como si tal cosa y como si nada tuviera de qué quejarse. (Entra Sir Peter Teazle.) ¡Dios bendito, Sir Peter! ¡Viene Ud. en buen momento, le aseguro! ¡Acabábamos ya de darle por perdido!

SIR BEN. (Aparte a Cangrejal.) — ¡Caramba, tío, qué súbita mejoría!

SIR OL. — ¡Ea, hombre! ¿Qué hace Ud. en pie,

con un espada a través del cuerpo y una bala en el pecho?

SIR PETER. — ¿Un espada y una bala? !

SIR OL. — Seguramente; estos caballeros querían matarlo sin ley ni apelación, y además bautizarme a mí doctor, hacerme su cómplice.

SIR PETER. — ¿Qué cosas escucho?

SIR BEN. — Nos alegra, Sir Peter, que no sea verdad la historia de su duelo, y compartimos su dolor por la otra desgracia.

SIR PETER. (Aparte.) — Bien está; ya anda por toda la ciudad.

CANGR. — Aunque, Sir Peter, en gran parte lo merece Ud. por casarse a sus años.

SIR PETER. — ¿En qué puede ser eso asunto suyo?

SRA. CÁN. — No, no; como era Sir Peter tan excelente marido, merece toda nuestra consideración y simpatía.

SIR PETER. — ¡Al diablo con su simpatía, señora! para nada la necesito.

SIR BEN. — Sea como sea, Sir Peter, tendrá que hacer caso omiso de las burlas y risas que puedan salirle al paso.

SIR PETER. — ¡Señor, señor! Pretendo ser el amo en mi propia casa.

CANGR. — No es algo de todos los días, y eso es algún consuelo.

SIR PETER. — Insisto en que me dejen en paz: sin ceremonias, ¡insisto en que dejen esta casa sin tardanza!

SRA. CÁN. — Bien está, ya nos vamos; y tenga la seguridad de que daremos la mejor versión que se pueda. (Sale.)

SIR PETER. — ¡Fuera de mi casa!

fué sorprendida en compañía de Carlos.
SIR BEN. — No, no, créame: el galán era el Sr. Surface.
SRA. CÁN. — ¡De ninguna manera! Carlos es el hombre. El Sr. Surface fué quien trajo a Sir Peter para sorprenderlos.
SIR BEN. — Le digo que me informó alguien...
SRA. CÁN. — Y a mí me lo dijo alguien...
SIR BEN. — Que lo tenía de alguien, que a su vez...
SRA. CÁN. — Alguien que sin intermediarios... Pero aquí llega Lady Sneerwell; quizá sabe ya todo punto por punto. *(Entra Lady Sneerwell.)*
LADY SNEERWELL. — ¡Y bien, querida Sra. Cándida, en buena se ha metido nuestra amiga Lady Teazle!
SRA. CÁN. — Así es, querida mía, quién lo hubiera pensado...
LADY SNEER. — Nunca hay que fiarse de las apariencias; la verdad es que siempre me pareció demasiado movédiza.
SRA. CÁN. — No hay duda, sus maneras eran quizá demasiado libres; pero además, ¡era tan joven!
LADY SNEER. — Y tenía también sus buenas cualidades.
SRA. CÁN. — Así es, a no dudar. Pero, ¿ha oído Ud. los detalles?
LADY SNEER. — No, aunque todo el mundo dice que el Sr. Surface...
SIR BEN. — ¿Lo oye Ud.? Ya le dije que él era el hombre.
SRA. CÁN. — No, no: en general se lo atribúan a Carlos.

LADY SNEER. — ¡A Carlos! Me alarma Ud., Sra. Cándida.
SRA. CÁN. — Sí, sí, él era el galán. El Sr. Surface, para hacerle justicia, fué sólo el delator.
SIR BEN. — Bien, no quiero discutir con Ud., señora; de todos modos, espero que la herida de Sir Peter no sea...
SRA. CÁN. — ¡La herida de Sir Peter! ¡Dios me valgal! No escuché una palabra de que hubiera pelea.
LADY SNEER. — No, ni una sílaba.
SIR BEN. — ¿Cómo? ¿Ni palabra del duelo?
SRA. CÁN. — Ni mención.
SIR BEN. — Pues sí: lucharon en el mismo sitio.
LADY SNEER. — Cuente Ud., por favor.
SRA. CÁN. — Sí, no nos niegue ese duelo.
SIR BEN. — "Caballero", dice Sir Peter a renglón seguido del descubrimiento, "es Ud. el sujeto más ingrato del mundo".
SRA. CÁN. — Sí, a Carlos.
SIR BEN. — No, no... al Sr. Surface... "del mundo", continúa, "y viejo como soy, insisto en una reparación inmediata".
SRA. CÁN. — Sí, debe haber sido a Carlos; porque no es posible que el Sr. Surface tuviera que batirse en su propia casa.
SIR BEN. — Por Dios, señora; de ninguna manera... "que se me dé inmediata satisfacción..." Al oír esto y ver a Sir Peter en tal peligro, Lady Teazle abandonó el lugar presa de un fuerte ataque de histeria, y Carlos detrás de ella, pidiendo a gritos agua y sales volátiles; entonces se pusieron a luchar con espadas... *(Entra el tío Cangrejal.)*
CANGREJAL. — ¡A pistola, sobrino, a pistola! Lo

sé de fuente insospechable.
SRA. CÁN. — ¡Oh, señor Cangrejal, entonces todo es verdad!
CANGR. — Ojalá no lo fuera, señora; y Sir Peter está herido de peligro...
SIR BEN. — Por un quite en segunda a través del costado izquierdo...
CANGR. — De bala y en el pecho.
SRA. CÁN. — ¡Dios me guarde! ¡Pobre Sir Peter!
CANGR. — Sí, señora; aunque Carlos lo hubiera evitado, si fuera posible.
SRA. CÁN. — Bien sabía yo que Carlos estaba en el asunto.
SIR BEN. — Veo que mi tío no sabe de la misa la media.
CANGR. — Pero Sir Peter le enrostró la más deleznable ingratitud...
SIR BEN. — Eso lo conté yo, recuerdan...
CANGR. — ¡Por favor, sobrino, déjame hablar!... e insistió en una inmediata...
SIR BEN. — Lo mismo que yo dije.
CANGR. — ¡Al demonio, sobrino, permite que también los otros estén enterados! Había sobre el escritorio un par de pistolas (porque parece que, la noche anterior, el Sr. Surface había regresado tarde de Salthill, adonde había asistido a los Montem, con un amigo que tiene un hijo en Eton), de modo que quiso la mala suerte que estuvieran cargadas.
SIR BEN. — De esto no sabía nada.
CANGR. — Sir Peter obligó a Carlos a que empuñara una y, según parece, hicieron fuego poco menos que a quemarropa. Como les cuento, la bala de Carlos dió en el blanco, no así la de Sir Peter; pero lo más extraordinario es que

la bala rebotó contra un pequeño Shakespeare de bronce que adornaba la chimenea, salió por la ventana en ángulo recto y fué a herir al cartero, que llegaba en ese preciso momento con una carta doble de Northamptonshire.
SIR BEN. — El relato de mi tío es más detallado, lo confieso; pero no obsta para que el mío sea el verdadero.
LADY SNEER. (*Aparte.*) — Estoy más interesada en el asunto de lo que ellos se imaginan, y debo procurarme mejor información. (*Sale.*)
SIR BEN. — Ah, es muy fácil de explicar la alarma de Lady Sneerwell.
CANGR. — Sí, sí, bien dicen algunos... pero ahora no viene al caso.
SRA. CÁN. — ¿Por favor, dónde se halla Sir Peter en este momento?
CANGR. — ¡Oh! Lo trajeron a su casa, y aquí está ahora, aunque los sirvientes tienen orden de negarlo.
SRA. CÁN. — Lo creo, y tal vez Lady Teazle lo tenga a su cuidado.
CANGR. — Claro, así es; vi que entraba un facultativo delante de mí.
SIR BEN. — ¡Ea! ¿Quién viene aquí?
CANGR. — ¡Oh, éste es el médico, puedes estar seguro!
SRA. CÁN. — ¡Por supuesto! Debe ser el médico; ahora sabremos a qué atenernos. (*Entra Sir Oliver Surface.*)
CANGR. — Y bien, doctor, ¿hay esperanzas?
SRA. CÁN. — Sí, doctor, ¿cómo sigue su paciente?
SIR BEN. — ¿Verdad, doctor, que se trata de una herida de espadín?

ver Surface!... ¡Ha llegado mi tío!

ROWLEY. — Nada más cierto: acabo de dejarlo... sano y bueno, después de un viaje rápido, e impaciente por abrazar a su digno sobrino.

JOSÉ S. — ¡No vuelvo de mi sorpresa!... (*Llamando al Sirviente.*) ¡Guillermol! Que se detenga el Sr. Stanley, si aun no se ha marchado

ROWLEY. — Oh, creo que está ya fuera de alcance.

JOSÉ S. — ¿Por qué no me dió esta noticia cuando vinieron juntos?

ROWLEY. — Pensé que era un asunto privado. Pero debo ir a informar a su hermano, y a darle cita aquí para encontrarse con su tío. Estará con Uds. dentro de un cuarto de hora.

JOSÉ S. — Así me lo comunica. Bien, no podía alegrarme más su llegada... (*Aparte.*) ¡Nunca hubo nada más inoportuno, estoy seguro!

ROWLEY. — Le encantará a Ud. su aspecto rozagante.

JOSÉ S. — ¡Oh, me colma de alegría!... (*Aparte.*) ¡Justamente ahora!

ROWLEY. — Le diré con qué impaciencia se le espera.

JOSÉ S. — Sí, por favor; déle mis humildes recuerdos. En verdad, no puedo expresar lo que siento ante la idea de verlo... (*Sale Rowley.*) No hay duda de que su llegada en este preciso momento es la treta más cruel de la mala suerte. (*Sale.*)

ESCENA II. — Un salón en casa de
SIR PETER TEAZLE

(*Entran la Sra. Cándida y una Mucama.*)

MUCAMA. — En verdad, señora, mi ama no quiere recibir a nadie por ahora.

SRA. CÁNDIDA. — ¿Le dijo Ud. que era su amiga, la Sra. Cándida?

MUCAMA. — Sí, señora, y le ruega que la disculpe.

SRA. CÁN. — Vuelva a decírselo; me gustaría verla, aunque fuera sólo un momento, porque supongo se hallará en la mayor angustia... (*Sale la Mucama.*) ¡Santo cielo, qué desagradable! ¡Apenas estoy al tanto de la mitad de los detalles! ¡Va a salir todo el *affaire* en los diarios, con pelos, nombres y señales, y yo sin haber difundido la historia en media docena de casas! (*Entra Sir Benjamín Mordaz.*) ¡Ah, querido Sir Benjamín! Ya escuchó Ud., me imagino...

SIR BENJAMÍN. — Sobre Lady Teazle y el Sr. Surface...

SRA. CÁN. — Y la sorpresa de Sir Peter...

SIR BEN. — ¡Oh, el acontecimiento más peregrino del mundo!

SRA. CÁN. — En mi vida tuve tamaña sorpresa. Con sinceridad que compadezco a todos los implicados.

SIR BEN. — A decir verdad, no siento lástima alguna por Sir Peter: tan extravagante era su predisposición en favor del Sr. Surface.

SRA. CÁN. — ¡El Sr. Surface! Cómo, Lady Teazle

Los chismosos se allegan a casa de Sir Peter a comentar lo sucedido a casa de Sir Peter.

cuanto hizo por mí es poco menos que nada; aunque sé que muchos han pensado lo contrario y yo tampoco intenté desvirtuar tales rumores.

SIR OL. — ¿Cómo, nunca le envió a Ud. lingotes... rupias... pagodas?

José S. — ¡Ni por pienso, amable señor! No diré algunos regalitos de vez en cuando... porcelana, algunos chales, té chino, pinzones de Amadavat y cohetes de la India... poco más de esto, créame Ud.

SIR OL. (*Aparte.*) — ¡Vaya gratitud por doce mil libras... pinzones de Amadavat y cohetes de la India!

José S. — Además, querido señor, con seguridad habrá oído Ud. hablar de los despilfarros de mi hermano; pocos creerían todo lo que he hecho por ese infortunado joven.

SIR OL. (*Aparte.*) — ¡Pues yo no estaría entre ellos!

José S. — ¡Las sumas que le presté! En verdad, hasta hubieran podido reprochármelo; fué una debilidad perdonable, aunque no pretendo defenderla... y ahora siento doblemente mi culpa, Sr. Stanley, ya que me priva del placer de serle útil según los dictados de mi corazón.

SIR OL. (*Aparte.*) — ¡Farsantel... (*Alto.*) ¿De modo que no puede ayudarme?

José S. — Por el momento, lamento tener que decirle que no; pero en cuanto vea la posibilidad, esté seguro de que le llegarán noticias mías.

SIR OL. — Lo siento muchísimo...

José S. — No más que yo, se lo aseguro; compadecer, sin poder para aliviar, es aun más pe-

noso que pedir y ser rechazado.

SIR OL. — Amable señor, su más humilde y respetuoso servidor.

José S. — Me deja Ud. profundamente conmovido, Sr. Stanley... (*Llamando a su Sirviente.*) Guillermo, ábrele la puerta al señor.

SIR OL. — Oh, querido señor, sin ceremonias.

José S. — Su muy obediente servidor.

SIR OL. — Su muy atento servidor.

José S. — Confíe en que le enviaré noticias, tan pronto pueda serle útil.

SIR OL. — Gentil señor, es Ud. demasiado amable.

José S. — Entretanto, manténgase bueno y animado.

SIR OL. — Su muy agradecido y siempre humilde servidor.

José S. — Yo el suyo, sinceramente...

SIR OL. (*Mientras sale.*) — ¡Carlos!... serás tú mi heredero.

José S. — Este es uno de los malos efectos de tener buen nombre; alienta la osadía de los pedigüños, y no hace falta poca destreza para ganar fama de benévolo sin incurrir en los gastos que demanda. La plata legítima de la caridad pura es un artículo costoso en el catálogo de nuestras virtudes; en cambio, la plata francesa y parlera que yo ostento hace la misma figura, y no paga impuesto. (*Vuelve a entrar Rowley.*)

ROWLEY. — Sr. Surface, servidor: temía interrumpirle, aunque mis noticias requieren inmediata atención; lo verá leyendo este mensaje.

José S. — Siempre encantado de verle, maese Rowley... (*Aparte, al leer la carta.*) ¡Sir Oli-

ROWLEY. — El era, señor. Pero temo que nuestra visita sea un poco inesperada. Es tan débil de los nervios, que quizá la vista de un pariente pobre sea demasiado para él. Yo debí llegar antes a prepararlo.

SIR OL. — ¡Al diablo con sus nervios! ¡Y éste es el que elogia Sir Peter como un hombre de suma benevolencia en su modo de pensar!

ROWLEY. — En cuanto a su modo de pensar, no pretendo ser juez; pero, para ser justos con él, quizá tenga tanta benevolencia como cualquier otro caballero particular del reino, sólo que rara vez se olvida de la decencia hasta el punto de permitirse el goce sensual de ponerla en práctica.

SIR OL. — Tiene sin embargo una letanía de máximas de caridad en la punta de los dedos.

ROWLEY. — O, mejor dicho, en la punta de la lengua, Sir Oliver; aunque creo que ante todo deposita su fe en la máxima de que la *caridad bien entendida comienza por casa*.

SIR OL. — Y supongo que pertenece a esa especie doméstica que rara vez pone los pies en la calle.

ROWLEY. — Dudo mucho de que así sea... pero aquí le tenemos. No quiero estar en medio; apenas lo haya Ud. dejado, ya sabe que estaré de vuelta para anunciar su llegada en su verdadero carácter, como Sir Oliver.

SIR OL. — Así es; y luego nos encontraremos en lo de Sir Peter.

ROWLEY. — Sin pérdida de tiempo... (Sale.)

SIR OL. — No me gusta la benignidad de sus rasgos. (Entra José Surface.)

JOSÉ S. — Señor, le pido mil perdones por tenerlo

"Stanley" visita a José
para pedir su ayuda

un momento esperando... El Sr. Stanley, supongo.

SIR OL. — Servidor...

JOSÉ S. — Por favor, señor mío, hágame el honor de tomar asiento... señor, se lo ruego.

SIR OL. — Querido señor, no hay motivo... (Aparte.) ¡Me parece demasiada cortesía!

JOSÉ S. — Nunca tuve el placer de conocerle, Sr. Stanley; pero me colma de dicha el verlo con tan buen aspecto. ¿Era Ud. próximo pariente de mi madre, si mal no recuerdo?

SIR OL. — Así es, señor; tan próximo que mi actual indigencia temo sea un baldón para sus ricos herederos, de lo contrario jamás hubiera osado molestarle.

JOSÉ S. — Caramba, querido señor, no hacen falta disculpas: el que está en aprietos, aunque sea un extraño, tiene derecho a reclamar parentesco con los ricos. Mucho desearía ser uno de esta clase, y tener medios como para poder ofrecer una ayuda, por exigua que fuese.

SIR OL. — Si estuviera aquí Sir Oliver, bien sabe que en él tendría yo un amigo.

JOSÉ S. — Ojalá estuviera, de todo corazón lo deseo: créame que ante él no necesitaría otro abogado.

SIR OL. — Por supuesto que no necesitaría ninguno... mis apremios hablarían por mí. Pero supuse que sus larguezas le permitirían a Ud. ser un agente de su caridad.

JOSÉ S. — Querido señor, le han informado a Ud. con rara mendacidad. Sir Oliver es un digno caballero, un muy digno caballero; pero la avaricia, Sr. Stanley, es el vicio de los viejos. En confianza le diré, querido señor mío, que

LADY T. — No señor, ha vuelto a su sano juicio, y son sus propias artes de Ud. las que le dieron los medios... Sir Peter, no espero que me crea... pero la ternura que expresó hacia mí cuando ni podía sospechar que yo fuera testigo, me penetró tan hondo en el corazón que, de haber podido retirarme sin la vergüenza de ser sorprendida, toda mi vida futura habría expresado lo sincero de mi gratitud. En cuanto a ese hipócrita y su lengua meliflua, capaz de seducir a la mujer del amigo demasiado crédulo, mientras fingía intenciones honorables hacia la pupila... lo veo ahora con tanto desprecio, que jamás volveré a sentir respeto por mí misma después de haberle prestado oídos. *(Sale.)*

JOSÉ S. — A pesar de todo esto, Sir Peter, sabe el cielo...

SIR PET. — ¡Que es Ud. un villano! Lo dejo a solas con su conciencia.

JOSÉ S. — Es Ud. demasiado impulsivo, Sir Peter; debe escucharme. El hombre que cierra la puerta a la evidencia, oponiéndose... *(Salen Sir Peter Teazle y José Surface, conversando todavía.)*

Torre de... descubido

descubido

con Sir Peter

descubido

descubido con Sir Peter

ACTO V

ESCENA I. — La biblioteca en casa de JOSÉ SURFACE

(Entra José Surface con su Sirviente.)

JOSÉ S. — ¡El Sr. Stanley! ¿Y por qué creíste que tendría interés en verlo? Debieras saber que si viene es a pedir algo.

SIRV. — Yo no lo hubiera dejado pasar, señor, pero ocurre que el Sr. Rowley lo acompañó hasta la puerta.

JOSÉ S. — ¡Puah! ¡Imbécil! ¡Imaginarte que ahora iba a tener humor para recibir parientes pobres!... ¡Bueno! ¿Qué esperas para hacerlo pasar?

SIRV. — Voy, señor... Perdón, pero no fué culpa mía si Sir Peter descubrió que la señora...

JOSÉ S. — ¡Véte, estúpido!... *(Sale el Sirviente.)*

¡En verdad que nunca la Fortuna jugó tan mala pasada a un hombre tan prudente como yo! ¡Perder en un momento la buena opinión de Sir Peter y mis esperanzas de conquistar la mano de María! ¡Estoy como para oír las desgracias del prójimo! Ni siquiera tendré fuerzas para recitarle a Stanley una máxima benevolente... ¡Eal Aquí viene, y el maese Rowley con él. Debo tratar de dominarme sea como sea, y expresar por lo menos en mi rostro algo de caridad. *(Sale. Entran Sir Oliver Surface y Rowley.)*

SIR OLIVER. — ¡Cómo, huye de nosotros! ¿Ese era él, no es verdad?

CARLOS S. — ¡Por el cielo, echemos un vistazo a la modistilla!

SIR PET. — ¡Por nada del mundo!... José nunca me lo perdonaría.

CARLOS S. — Yo le prestaré apoyo...

SIR PET. — ¡Demontres, está aquí ya! *(Mientras Carlos echa abajo el biombo, vuelve a entrar José Surface.)*

CARLOS S. — ¡Asombro y maravilla, Lady Teazle!

X SIR PET. — ¡Condenación y castigo, Lady Teazle!

CARLOS S. — Sir Peter, en mi vida vi modistilla francesa más elegante. Válgame Dios, parece que han estado jugando todos a las escondidas, y ya ni sé a quién se pretendía engañar. ¿Puedo solicitar de V. Señoría que me explique? ¡Ni una palabra!... Hermano, ¿tendrás a bien revelarme este misterio? ¡Cómo! ¿También la Moralidad se ha quedado muda? Sir Peter, aunque lo encontré a Ud. en la mayor obscuridad, ¡quizás ya ahora no lo esté tanto! ¡Mudos todos! Bien... aunque para mí el asunto sea un enigma, sospecho que todos se entienden perfectamente será mejor dejarlo al cuidado de Uds.... *(Mientras se marcha.)*

Hermano, lamento observar que has dado a este digno caballero tantos motivos de inquietud... Sir Peter, ¡nada hay en el mundo tan noble como un hombre de sentimientos! *(Sale.)*

José S. — Sir Peter... a pesar de que... confieso... las apariencias en contra de mí... si me concede Ud. un poco de paciencia... no dudo de que explicaré todo a su entera satisfacción.

SIR PET. — Así lo espero, señor.

José S. — Lo cierto es que Lady Teazle, cono-

108

*recuerda a Lady Teazle
del Biombo*

ciendo mis aspiraciones a su pupila María... quiero decir, Lady Teazle, temiéndolo a Ud. y su temperamento nervioso... y conociendo mi apego a la familia... ella, digo, señor... vino a verme... a fin de que yo... pudiera explicar esas aspiraciones... pero al llegar Ud... con el temor... que ya dije... de sus celos... se retiró... y esto, le pido creer que es toda la verdad del asunto.

SIR PET. — Muy clara la explicación, a fe mía: y me atrevo a jurar que la dama lo confirmará al pie de la letra.

LADY T. — ¡Ni una palabra, Sir Peter!

SIR PET. — ¿Cómo así? ¿No se digna Ud. siquiera unirse en la mentira?

LADY T. — ¡No hay una sílaba de verdad en todo lo que ha dicho este caballero!

SIR PET. — ¡Ahí sí que le creo, señora!

José S. *(Aparte a Lady Teazle.)* — Por Dios vivo, señora, ¿va a traicionarme?

LADY T. — Buen Sr. Hipócrita, si me lo permite, hablaré por mí misma.

SIR PET. — Así es, mejor dejarla sola; verá que compone un relato más verosímil, y sin necesidad de apuntador.

LADY T. — ¡Oigame, Sir Peter!... No vine aquí por nada concerniente a su pupila, y hasta ignorante de las aspiraciones de este caballero. Lo cierto es que vine seducida por sus insidiosas sugerencias, si no a sacrificar nuestro honor a su bajeza, por lo menos a escuchar su fingida pasión.

SIR PET. — ¡Ahora creo que la verdad se está abriendo camino, por fin!

José S. — ¡La mujer está local!

109

*Lady T. recuerda a que
vuelve de nuevo*

cor a José... ¡el plan era míol

CARLOS S. — ¡En verdad!

SIR PET. — Pero te absuelvo. Juro que ya no pienso de ti todo lo mal que solía. Lo que escuché me ha dejado muy contento.

CARLOS S. — Vaya entonces, ¡qué suerte que no escuchó nada más! ¿No lo crees así, José?

SIR PET. — Ya hubiera encontrado qué replicarte.

CARLOS S. — Sí, sí, fué todo una broma.

SIR PET. — Por supuesto, bien conozco su honor.

CARLOS S. — De todos modos, en este asunto habría podido sospechar tanto de él como de mí. ¿No te parece así, José?

SIR PET. — Basta, basta, te creo.

JOSÉ S. (*Aparte.*) — ¡Ojalá estuvieran los dos en el demonio y no en este cuarto!

SIR PET. — Quizás en el futuro mejoren nuestras relaciones. (*Entra el Sirviente y murmura al oído de José Surface.*)

SIRV. — Abajo está Lady Sneerwell y dice que quiere subir.

JOSÉ S. — Caballeros, acepten mis excusas... les espero abajo; ha llegado alguien por un asunto privado.

CARLOS S. — Está bien, podrás conversar con ese alguien en otra habitación. Hace tiempo que no me veo con Sir Peter y tengo algo que decirle.

JOSÉ S. (*Aparte.*) — No hay que dejarlos solos... (*Alto.*) Voy a despedir a Lady Sneerwell y vuelvo al momento... (*Aparte a Sir Peter.*)

SIR PETER, ni una palabra de la modistilla francesa.

SIR PET. (*Aparte a José Surface.*) — ¡Yol! ¡Ni por todo el mundo!... (*Sale José Surface.*) Ah,

Carlos si frecuentaras más a tu hermano, te quedarían muchas esperanzas de reformarte. Es un hombre de sentimientos. Y bien, nada hay en el mundo tan noble como un hombre de sentimientos.

CARLOS S. — ¡Quíal! Más le valdría no ser tan moral; teme tanto por su buen nombre, que creo recibiría antes en su casa a un cura que a una moza.

SIR PET. — No, no... créeme... no le haces justicia. No, José no es un libertino, pero tampoco es un santo, a ese respecto... (*Aparte.*) Ardo en ganas de contarle... ¡cómo nos reíríamos de José!

CARLOS S. — ¡Al diablo con él! ¡Es un verdadero ermitaño, un joven anacoreta!

SIR PET. — Atención... no hay que insultarlo: no sería difícil que pudiera enterarse, te lo aseguro.

CARLOS S. — Como no le cuente Ud...

SIR PET. — No... pero... así. (*Aparte.*) Diablos, se lo cuento... (*Alto.*) Ea, ¿te gustaría una buena broma a costa de José?

CARLOS S. — Nada me gustaría más en el mundo.

SIR PET. — ¡Pues a fe que la tendrás! Será su merecido por haberme descubierto. (*Le murmura al oído.*) Cuando llegué de visita, había aquí una joven.

CARLOS S. — ¡Cómol! ¿José? Ud. se burla.

SIR PET. — ¡Shh!... te lo explicaré. (*Señala hacia el biombo.*)

CARLOS S. — ¡Detrás del biombo! ¡Vamos a desenmascararla!

SIR PET. — No, no... ya está de vuelta... ¡no debes hacerlo!

dignos caballeros, según me cuentan. ¿De qué manera, si te parece?

JOSÉ S. — Para serte sincero, hermano, sospecha que intentas arrebatarme el cariño de Lady Teazle.

CARLOS S. — ¿Quién, yo? ¡Cielos, palabra de honor que no!... ¡Hal! ¡Hal! ¡Hal! ¿Al fin cayó en la cuenta el veterano de que su mujer era joven?... ¿O bien, y es peor, descubrió Lady Teazle que tiene un marido viejo?

JOSÉ S. — No creo que sea tema para burlas, hermano. El que osa burlarse...

CARLOS S. — Tienes razón en lo que estabas por decir... pero, en serio, jamás tuve la menor intención de hacer lo que me reprochas, palabra de honor.

JOSÉ S. (*Alzando la voz.*) — Bien, será una gran satisfacción para Sir Peter el escucharlo.

CARLOS S. — Para ser franco, cierta vez pensé que la dama tenía un caprichito por mí; pero por mi honor que jamás le di el menor pie para ello. Por otra parte, bien conoces mi entusiasmo por María.

JOSÉ S. — Con seguridad, hermano, aunque Lady Teazle hubiera mostrado el más arrebatado impulso hacia ti...

CARLOS S. — Mira, José, confío en no cometer jamás de intento una acción deshonrosa; pero si una bella viniera a arrojarse por su voluntad en mis brazos... y una bella con un marido de edad suficiente como para ser su padre, entonces...

JOSÉ S. — ¡Y bien!

CARLOS S. — Sí, creo que me vería obligado a pedirte algo de tu moralidad, eso es todo. Pero

*José le dice a Carlos que
su padre sospecha que Carlos
pretende a Lady Teazle*

hermano, me sorprende que me nombres junto con Lady Teazle; en verdad, siempre creí que tú eras su favorito.

JOSÉ S. — ¡Carlos, por favor! ¡Qué necia defensas!

CARLOS S. — No, juraría que te he visto cambiar con ella miradas tan significativas...

JOSÉ S. — Vamos, señor; estamos hablando en serio.

CARLOS S. — ¡También yo lo digo en serio! No recuerdas aquel día en que vine a visitarte...

JOSÉ S. — Carlos, te ruego...

CARLOS S. — Y encontré a los dos juntos...

JOSÉ S. — Por Dios, señor, insisto...

CARLOS S. — Y en otra ocasión, cuando tu sirviente...

JOSÉ S. — ¡Hermano, permíteme una palabra!... (*Aparte.*) Al diablo, tengo que detenerlo.

CARLOS S. — Me informó, como te digo...

JOSÉ S. — ¡Silencio! Discúlpame, pero Sir Peter ha escuchado toda nuestra conversación. Sabía que aclararías tu situación, de lo contrario no lo hubiera permitido.

CARLOS S. — ¡Cómo, Sir Peter! ¿Dónde está?

JOSÉ S. (*Señalando hacia el gabinete.*) — ¡Habla bajo! ¡Allí!

CARLOS S. — Yo lo pondré al descubierto. ¡Adelante, Sir Peter!

JOSÉ S. — No, no...

CARLOS S. — Ea, Sir Peter, salga a la palestra...

(*Arrastrando casi a Sir Peter.*) ¡Cómo, mi antiguo tutor!... ¡cómo!... ¿se ha hecho inquisidor y recoge pruebas de incógnito? ¿Por favor, qué vergüenza!

SIR PET. — Venga esa mano, Carlos... creo que sospeché sin razón; y no debes guardarle ren-

*Carlos dice a Sir Peter que no
es así y Sir Peter queda
satisfecho*

Sirviente. Aparte.) Por lo menos, interrumpirá a Sir Peter.

SIR PETER. — Y ahora, buen amigo, hazme un favor. Antes de su llegada, deja que me oculte en algún sitio, para que puedas ponerlo a prueba sobre el asunto de que hablábamos; por su respuesta sabré al momento qué pensar.

JOSÉ S. — ¡Por amor de Dios, Sir Peter! ¿Quiere hacerme cómplice de tan bajo ardid?... ¿Sondar a mi hermano además?

SIR PET. — Cómo, si dices creer en su inocencia; si es así, le haces el mayor servicio al darle una oportunidad para justificarse, y mi ánimo quedará en paz. Vamos, no me niegues tal favor: *(Adelantándose.)* aquí estará bien, detrás del biombo... ¡Eh, por el diablo! Parece que había ya alguien escuchando... ¡juraría que vi unas faldas!

JOSÉ S. — ¡Hal! ¡Hal! ¡Hal! ¡Esto sí que es ridículo! Le diré: Sir Peter, si bien mantengo que quien anda con intrigas es el carácter más digno de desprecio, ¡no por ello hay que ser un José para todo! Escuche, se trata de una modistilla francesa, una bribonzuela que no me deja en paz; y como aun puede temer por su buen nombre, al llegar Ud. corrió a ocultarse detrás de ese refugio.

SIR PET. — Comprendo, una bribonzuela... Pero, ¡jeal! Ha estado escuchando cuanto dije de mi mujer.

JOSÉ S. — ¡Oh, no pasará de ella, puede estar seguro!

SIR PET. — ¿No? Entonces, a fe mía, que escuche

hasta el final... Igualmente servirá este gabinete.

JOSÉ S. — Bien, ocúltese Ud.

SIR PET. — ¡Astuto bribón! ¡Astuto bribón! *(Desaparece en el gabinete.)*

JOSÉ S. — ¡Nos salvamos por un pelo! Sí que es curiosa mi situación, tener que interponerme de este modo entre marido y mujer.

LADY T. *(Asomándose.)* — ¿No podría escapar?

JOSÉ S. — ¡Ocúltese bien, ángel mío!

SIR PET. *(Asomándose.)* — ¡José, atácale a fondo!

JOSÉ S. — ¡Atrás, caro amigo!

LADY T. *(Asomándose.)* — ¿No es posible encerrarlo bajo llave?

JOSÉ S. — ¡Quieta, vida mía!

SIR PET. *(Asomándose.)* — ¿No charlará la modistilla?

JOSÉ S. — ¡Adentro, adentro, querido Sir Peter! ... Por Dios, qué ganas de echarle llave. *(Entra Carlos Surface.)*

CARLOS S. — ¡Hola, hermano! ¿En qué has andado? Al principio tu mozo no quería dejarme subir. ¡Vaya! ¿Estabas de conferencia con un prestamista o con una muchacha?

JOSÉ S. — Con ninguno de los dos, te aseguro.

CARLOS S. — ¿Y por qué se ha esfumado Sir Peter? Pensé que había estado contigo.

JOSÉ S. — Estaba, hermano; pero, al oír que venías, prefirió no quedarse.

CARLOS S. — ¡Cómo! ¿Temía el vejete que quisiera pedirle dinero prestado?

JOSÉ S. — No, señor: pero siento descubrir, Carlos que últimamente has dado muchos motivos de inquietud a ese digno caballero.

CARLOS S. — Sí, y junto con él a muchos otros

tos momentos de placer; ¡a mí, que en la vida le negué... un consejo!

José S. — ¡Oh, no parece digno de crédito! Habrá tal vez un hombre capaz de tal baja, pero se me hace imposible creerlo hasta que no traiga Ud. pruebas más positivas. Sea como fuere, si se probara en contra de él, ya no es hermano mío... negaré que subsista entre él y yo todo parentesco: el hombre capaz de infringir las leyes de la hospitalidad y de tentar a la mujer del amigo, merece que lo marquen como una plaga social.

SIR PET. — ¡Cuánta diferencia entre uno y otro! ¡Qué nobles sentimientos!

José S. — Pero no puedo dudar del honor de Lady Teazle.

SIR PET. — Claro que preferiría pensar bien de mi mujer, y borrar todo motivo de querrela. Más de una vez en estos días me reprochó el no haberle otorgado una posición y, durante nuestra última trapatista, casi llegó a insinuar que mi muerte no le haría mayor mella. Ahora bien, como no podemos ponernos de acuerdo sobre los gastos, he resuelto dejarla en libertad y que sea dueña de sus actos en lo futuro; y, si llego yo a morir, verá que en vida nunca descuidé sus intereses. Aquí ves, amigo mío, el proyecto de dos documentos, sobre los que te pido una opinión. Por el primero, tendrá a su disposición ochocientas libras por año mientras yo viva; y por el otro, el grueso de mi fortuna cuando muera.

José S. — Tal conducta, Sir Peter, es verdaderamente generosa!... (Aparte.) Espero que no se eche a perder mi discípula.

Sir Peter nunca se aparta de su esposa obligándole a pensar

SIR PET. — Sí, estoy resuelto a que no tenga nada de qué quejarse, aunque preferiría no informarla todavía de la segunda prueba de mi afecto.

José S. (Aparte.) — También yo lo evitaría, si pudiera.

SIR PET. — Y ahora, querido amigo, si lo deseas, podemos hablar del estado de tus esperanzas en cuanto a María.

José S. (Bajando la voz.) — Oh no, Sir Peter, en otro momento, si le parece bien.

SIR PET. — Me molesta grandemente el poco progreso que parece hacer en su corazón.

José S. (Mismo juego.) — Le ruego no hablar de eso. ¡Qué importan mis agravios cuando está en juego la dicha de Ud.!... (Aparte.) ¡Por vida, me arruinan por todos lados!

SIR PET. — Y aunque eres adverso a dar a Lady Teazle cartas en el asunto, te aseguro que no encontrarás en ella un enemigo.

José S. — Le ruego por favor, Sir Peter. Me siento realmente demasiado afectado por el tema que acabamos de tocar para pensar al mismo tiempo en mis propios intereses. El hombre a quien se confían las angustias de un amigo no podría jamás... (Reaparece el Sirviente.) ¿Qué ocurre?

SIRV. — Es su hermano, señor, que está hablando con alguien en la calle, y afirma saber que está Ud. en casa.

José S. — No estoy en casa, imbécil... estaré fuera todo el día.

SIR PET. — ¡Altos!... un momento... se me acaba de ocurrir algo: estarás en casa.

José S. — Bueno, bueno, que suba... (Sale el

Sir Peter de ir a hablar con María a la 101 y a decirle que se casó con Carlos...

SIR PET. — Ea, me trae un pequeño asunto privado...

JOSÉ S. (Al Sirviente.) — Puedes marcharte.

SIR V. — Bien, señor. (Sale.)

JOSÉ S. — Tome asiento, Sir Peter... por favor...

SIR PET. — Ahora que estamos solos, hay una cuestión que pesa sobre mi conciencia y quisiera confiártela, querido amigo... algo de suma importancia para la paz de mi ánimo; en resumen, querido amigo, me ha hecho muy desdichado últimamente la conducta de Lady Teazle.

JOSÉ S. — ¿Cierto? Lamento escucharlo hablar así.

SIR PET. — Sí, demasiado a las claras se ve que no me guarda ningún respeto; y, lo que es peor, tengo buenas razones para sospechar que ha concebido un afecto por otra persona.

JOSÉ S. — ¡Verdad! ¡Me sorprende tal cosa!

SIR PET. — ¡Así es! Y, entre nosotros, creo que ya he descubrierto por quién es.

JOSÉ S. — ¡Cómo! Me alarma Ud. en forma extraordinaria.

SIR PET. — Sí, joven amigo, conlaba en tu comprensión y simpatía.

JOSÉ S. — Créame, Sir Peter, ese descubrimiento me haría tanto daño como a Ud.

SIR PET. — Así lo creo. ¡Qué felicidad, tener un amigo a quien confiar hasta los secretos de la familia! Pero, ¿ni sospechas a quién me refiero?

JOSÉ S. — Ni la más remota idea. ¿No creo que sea Sir Benjamín Mordaz?

SIR PET. — ¡Oh no!... ¿Y si fuera Carlos?

JOSÉ S. — ¡Mi hermano! ¡Imposible!

SIR PET. — Querido amigo, te dejas engañar por

*Sir Peter le dice a José
que sospecha que Lady T
lo encanta con Carlos*

la bondad de tu corazón. Juzgas a los demás de acuerdo con tu propia naturaleza.

JOSÉ S. — Seguramente, Sir Peter, el corazón consciente de su propia integridad no se resigna a creer en la traición de los otros.

SIR PET. — Verdad; pero tu hermano no tiene principios... jamás se le oye hablar de ellos.

JOSÉ S. — Quizá, pero no puedo menos de pensar que Lady Teazle los tiene, y en exceso.

SIR PET. — Mas, ¿de qué valen los principios frente al halago de un mozo entusiasta y bien parecido?

JOSÉ S. — Eso es muy cierto.

SIR PET. — Y además, te imaginas que la diferencia entre nuestras edades no puede hablar demasiado en mi favor; y si ella ha sido débil y yo lo hiciera público, únicamente yo sería el hazmerreír de toda la ciudad, como el necio solterón que casó con mujer joven.

JOSÉ S. — No hay duda de ello... todos se reírían.

SIR PET. — ¡Si sólo fuera reír! Además harían baladas y párrafos, y me vería yo en sabe el diablo qué fábulas.

JOSÉ S. — No, no debe hacerse público a ningún precio.

SIR PET. — Y sobre todo... lo que me hiere de más cerca es que fuera justamente el sobrino de mi viejo amigo Sir Oliver quien pensó en ultrajarme.

JOSÉ S. — Sí, ahí está lo malo. Cuando la ingratitud emponzoña el dardo del ultraje, la herida es doblemente dolorosa.

SIR PET. — Sí, a mí que, en cierto modo, me encargué de su custodia; en cuya casa pasó tan-

tonces callarían los rumores, porque, en resumidas cuentas, su reputación es ahora como un pletórico, que se muere por exceso de buena salud.

LADY T. — Ya, ya; por lo que veo, su receta es entonces que debo faltar para defenderme, y despedirme de mi virtud para proteger mi reputación.

JOSÉ S. — Así es, a fe mía.

LADY T. — Vaya, es la enseñanza más peregrina y la más inaudita prescripción para evitar la calumnia.

JOSÉ S. — Créame que es infalible. Tanto la prudencia como la experiencia tienen su precio, y hay que pagarlo.

LADY T. — Claro, si mi razón llegara a convenirse...

JOSÉ S. — Estoy seguro, su razón debería convenirse. Sí, sí, guárdeme el cielo de incitarla a algo que Ud. cree reprobable. No, no, tengo demasiado sentido del honor para desearlo.

LADY T. (*Levantándose.*) — ¿No cree Ud. mejor dejar el honor fuera de la conversación?

JOSÉ S. — Ah, veo que aun perduran en Ud. los malos efectos de su educación campesina.

LADY T. — En verdad, me temo que así sea; y le confieso que, si llegara a caer en una falta, antes me habría impulsado la injusticia de Sir Peter que la honorable lógica que Ud. cultiva.

JOSÉ S. (*Tomándole la mano.*) — Entonces, por esta mano de la que él es indigno... (*Vuelve a aparecer el Sirviente.*) Al diablo, imbécil... ¿qué quieres ahora?

SIRV. — Pido disculpas al señor, pero no creí que

fuera preferible hacer subir aquí a Sir Peter sin anunciarlo.

JOSÉ S. — ¡Sir Peter!... ¡Demonios!

LADY T. — ¡Sir Peter!... ¡Dios mío, estoy arruinada! ¡Arruinada!

SIRV. — No fui yo quien lo hizo pasar, señor.

LADY T. — ¡Oh, estoy perdida! ¿Qué será de mí ahora? Y bien, Sr. Lógica... Válgame Dios, ya sube la escalera... me esconderé aquí... y si vuelvo a cometer tal imprudencia... (*Desaparece detrás del biombo.*) ✓

JOSÉ S. — Alcánzame ese libro. (*Se sienta con el libro, mientras el Sirviente finge acomodarle su asiento. Entra Sir Peter Teazle.*)

SIR PETER. — Ya veo, siempre tratando de perfeccionarse. Sr. Surface, Sr. Surface... (*Palmea a José sobre el hombro.*)

JOSÉ S. — ¡Oh, querido Sir Peter, le pido disculpas! (*Bosteza y arroja el libro.*) Me estaba durmiendo con ese libro idiota. No sabe cuánto le agradezco esta visita. Creo que no ha estado Ud. aquí desde que dispuse esta biblioteca. Los libros, sabe Ud. son la única extravagancia que me permito.

SIR PET. — Y a fe que está todo bien dispuesto. Bien, bien, como se debe; y hasta aprovechas un biombo como fuente de conocimiento... adornado con mapas, por lo que veo.

JOSÉ S. — ¡Oh sí! Ese biombo puede ser de gran utilidad.

SIR PET. — Así es seguramente, como cuando quieres encontrar algo en un apuro.

JOSÉ S. (*Aparte.*) — Sí, o bien esconderlo en un apuro.

Llega Sir Peter a visitar a José y Lady T. se encuentra detrás de un biombo

José S. — Oh, señora, la puntualidad no es virtud a la moda en una dama de buena sociedad. (Coloca sillas y se sienta después de ella.)

LADY T. — Al contrario, debiera tenerme compasión. Sir Peter se ha puesto últimamente tan antipático, y siempre tan celoso de Carlos... ¿no es lo más divertido del asunto?

José S. (Aparte.) — A mis chismosos amigos debo agradecer el dar pábulo a sus celos.

LADY T. — Me gustaría que lo cásara de una vez con María, entonces tal vez quedaría convencido; ¿no piensa Ud. igual?

José S. (Aparte.) — Por cierto que no... (Alto.) ¡Oh, por supuesto! Y también mi cara Lady Teazle se convencería entonces de la injusticia de sus sospechas y de que nunca me importó esa niña tonta.

LADY T. — Sea, me inclino a creerle. Pero, ¿no es irritante oír que dicen de una las cosas más aviesas? Y no hablemos de mi amiga, Lady Sneerwell, que ha hecho circular no sé cuántos escándalos sobre mi persona, y sin ningún fundamento, para colmo de males.

José S. — Cierto, eso es lo más desagradable... sin fundamento, ahí está lo mortificante, en verdad; pues cuando creen algún relato escandaloso sobre uno, ciertamente que no hay consuelo mayor que saberlo merecido.

LADY T. — Seguramente, en tal caso les perdonaría su mala lengua; pero atacarme a mí, que soy en el fondo tan inocente, que jamás digo una maldad de nadie... es decir, de ningún amigo; y para más Sir Peter, verlo siempre tan enfurruñado, tan lleno de sospechas, cuando yo conozco la integridad de mi corazón... ¡en

verdad, es monstruosol

José S. — Pues mi querida Lady Teazle, lo padece Ud. por su culpa. Cuando un marido abriga una sospecha infundada y ha perdido la confianza en su mujer, ya no rige el contrato original, y ella debe al honor de su sexo el mostrarse más hábil que él.

LADY T. — ¡En verdad! ¿De modo que, si sospecha sin causa, el mejor modo de curar sus celos es darle una razón para ellos?

José S. — Sin duda alguna... porque su marido jamás debiera equivocarse respecto de Ud.: y en tal caso lo correcto es que sea Ud. frágil como en elogio a su discernimiento.

LADY T. — Lo que Ud. dice me parece muy razonable, y si la seguridad de mi inocencia...

CARLOS S. — Ah, cara amiga, ahí está el grave error; es esa conciencia de ser inocente lo que más daño le hace. ¿Por qué descuida Ud. los formulismos y le importa un bledo la opinión del mundo? Porque vive consciente de su propia inocencia. ¿Qué la lleva a una conducta frívola y la enreda en mil pequeñas imprudencias? Claro, la conciencia de su propia inocencia. ¿Qué le hace protestar contra Sir Peter y a indignarse ante sus sospechas? Cómo, la conciencia de su propia inocencia.

LADY T. — ¡Es muy cierto!

José S. — Ahora bien, querida Lady Teazle, si por una vez siquiera llegara Ud. a cometer el más insignificante *faux pas*, no se imagina lo prudente que sería en adelante, lo dispuesta a dar en todo razón y gusto a su marido.

LADY T. — ¿Lo cree Ud. así?

José S. — Estoy seguro de ello; y verá cómo en-

SIR OL. — Así es, nuestro joven libertino se deshizo de sus antepasados como de tapices viejos.

ROWLEY. — Y aquí me envía a reembolsarle parte del dinero... es decir, en su carácter menesteroso de viejo Stanley.

MOISÉS. — ¡Ahl Esa es la gran pena: es tan lastimosamente caritativo.

ROWLEY. — Y en el vestíbulo dejé a un mercero y a dos sastres que, estoy seguro, se irán sin cobrar, ¡con lo satisfecho que quedarían con estas cien libras!

SIR OL. — Sea, yo pagaré sus deudas y también su caridad. Pero aquí dejo de ser prestamista: tienes que presentarme al hermano mayor como el viejo Stanley.

ROWLEY. — Todavía no, Sir Oliver. Sé que Sir Peter debe estar ahora allí de visita. (*Aparece Lance.*)

LANCE. — Oh, caballeros, mil excusas por no conducirles hasta la puerta; por aquí... Moisés, una palabra. (*Sale acompañando a Moisés.*)

SIR OL. — ¡Este sí es una buena pieza! Me creas que ese cachorro interceptó el paso al usurero cuando llegamos, ¡y pretendía sacar dinero antes de llevarlo hasta su amor!

ROWLEY. — ¿Es cierto?

SIR OL. — Y ahora planean un asunto de intereses. En mi tiempo, maese Rowley, los sirvientes se contentaban con las extravagancias de sus amos cuando ya estaban algo raídas; pero ahora consiguen sus vicios todavía flamantes, junto con sus mejores galas. (*Salen.*)

Acto IV

ESCENA III. — La biblioteca en casa de JOSÉ SURFACE

(*Entra el dueño de casa con su Sirviente.*)

JOSÉ S. — ¿No me ha escrito Lady Teazle?

SIRV. — No señor.

JOSÉ S. (*Aparte.*) — Me sorprende que, si se ve impedida de venir, no me lo advierta. Estoy seguro de que Sir Peter nada sospecha de mí, pero no me gustaría perder la heredera por culpa de esta intriga en que me ha enredado su mujer; de cualquier modo, la imprudencia y mala fama de Carlos hablan alto en mi favor. (*Llaman a la puerta.*)

SIRV. — Creo que debe ser Lady Teazle, señor.

JOSÉ S. — ¡Espera! Averigua si es ella o no antes de abrir la puerta: si fuera mi hermano, tienes que comunicarle un mensaje.

SIRV. — Es Su Señoría; siempre deja su coche frente a la modista de la calle vecina.

JOSÉ S. — Espera, espera: coloca ese biombo enfrente de la ventana... muy bien, así... La vecina de enfrente es una solterona tan curiosa... (*El Sirviente extiende el biombo y sale.*) Mi próxima jugada es peligrosa. Lady Teazle ha sospechado algo últimamente sobre mis intenciones respecto de María, pero de ningún modo debe entrar en el secreto... por lo menos hasta no tenerla más en mi poder. (*Entra Lady Teazle.*)

LADY TEAZLE. — ¿De modo que ahora moraliza también en soliloquio? ¿Se puso Ud. muy impaciente? Dios mío, no intente mostrarse serio. Le juro que no pude venir antes.

viejo insensato a disipar algo del dinero en mohosas deudas antiguas u otras tonterías por el estilo; los comerciantes, créeme, son los individuos más exorbitantes.

CARLOS S. — Muy cierto, y pagarles sólo sirve para alentar su extravagancia.

DESC. — Y nada más.

CARLOS S. — Puedes estar sin cuidado... (*Sale Descuido.*) ¡Vaya! En verdad que era un ave rara. Veamos, por derecho me pertenecen dos tercios de estas quinientas treinta libras y algo más. ¡Válgame el cielo! ¡Nunca creí que mis antepasados pudieran valer tanto!... (*Se inclina ceremoniosamente ante las pinturas.*) Damas y caballeros, vuestro obediente servidor, y el más agradecido. (*Entra Rowley.*) ¡Ah, viejo Rowley! Vienes a punto para decir adiós a los viejos conocidos.

ROWLEY. — Sí, escuché que ya se iban. Pero me maravilla este buen humor en medio de tantas angustias.

CARLOS S. — ¡Justamente por eso! Son tantas mis angustias que necesito el auxilio de mi buen humor; ya tendré tiempo alguna vez para ser rico y estar malhumorado. Ea, supongo que te sorprendes al ver que me separo sin mayor pesadumbre de parientes tan cercanos, y la verdad que es triste; pero míralos, no mueven un músculo, ¿por qué había de moverlo yo?

ROWLEY. — Imposible verlo serio un momento.

CARLOS S. — A fe que lo estoy ahora. Andando, honrado Rowley, que te cambien esto en seguida, y llévale cien libras al pobre Stanley.

ROWLEY. — ¡Cien libras! Considere tan sólo...

CARLOS S. — ¡Por Dios, ni una palabra más! La

Con las cien libras que le da
del dinero recibido por los cuadros
a Stanley

necesidad del pobre Stanley es urgente y, si no te apresuras, pronto vendrá alguno con más derechos a ese dinero.

ROWLEY. — ¡De eso hablamos! Siempre le caeré encima con el viejo proverbio...

CARLOS S. — *Primero ser justo y después generoso...* Sí, y lo sería si pudiera; pero la Justicia es una vieja bruja vacilante, y no puedo lograr que alcance a la Generosidad por más que se empeñe.

ROWLEY. — Créame, una hora de reflexión quizá...

CARLOS S. — Sí, sí, muy cierto; pero escucha, Rowley, mientras el cielo me dé, tanto daré; de modo que, ¡al diablo con tu economía! Y ahora a los dados. (*Salen.*)

ESCENA II. — Otra habitación en la misma casa

(*Entran Sir Oliver Surface y Moisés.*)

MOISÉS. — Y bien, señor mío, como dijo Sir Peter, vió Ud. a Carlos en toda su gloria; ¡lástima de manirroto!

SIR OL. — Verdad; pero no accedió a vender mi cuadro.

MOISÉS. — Y lo que le gustan el vino y las mujeres.

SIR OL. — Pero no vendió mi retrato.

MOISÉS. — ¡Y el juego!

SIR OL. — Pero no vendió mi retrato. Oh, aquí está Rowley. (*Entra Rowley.*)

ROWLEY. — Me dicen, Sir Oliver, que hizo Ud. una compra...

DESC. — ¡Tu tío Oliver! Cáspita, entonces nunca podrá ser tu amigo. ¡Me parece el granuja de gesto más adusto que vi en mi vida; un ojo inexorable y una fisonomía capaz de desheredar a cualquier! Un bribón inveterado, créemelo. ¿No opina también así, gentil Premium?

SIR OL. — Por vida mía, de ninguna manera; me parece un semblante tan honesto como cualquiera otro que haya en este cuarto, vivo o muerto. Pero supongo que el tío Oliver va con lo demás del montón.

CARLOS S. — ¡No, y el diablo me lleve! No quiero separarme del pobre Noll. El viejo fué muy bueno conmigo y guardaré su cuadro mientras tenga un cuarto donde colgarlo.

SIR OL. (*Aparte.*) — ¡El pillete es mi sobrino, después de todo!... (*Alto.*) Lo que son las cosas, siento afición por ese cuadro.

CARLOS S. — Lo lamento, pues es seguro que jamás lo tendrá Ud. Caramba, ¿no le bastan los demás?

SIR OL. (*Aparte.*) — ¡Todo se lo perdonol... (*Alto.*) Señor mío, cuando tengo un capricho, el dinero ya no cuenta. Le doy tanto por ése como por todo el resto.

CARLOS S. — No me tienta, señor prestamista; le digo de una vez por todas que no me separo de él.

SIR OL. (*Aparte.*) — ¡El hereje es igual a su padre!... (*Alto.*) Bien, bien, por hoy hemos terminado... (*Aparte.*) No caí antes en ello, pero nunca vi semejanza tan grande... (*Alto.*) Aquí tiene una letra de cambio por su dinero.

CARLOS S. — ¡Cómo, es por ochocientas libras!

SIR OL. — Claro, ¿no va también Sir Oliver?

CARLOS S. — ¡Diablos, no! ¡Le repito que no!

SIR OL. — No importa la diferencia, ya la arreglaremos en otra ocasión. Pero venga esa diestra para cerrar el trato; es Ud. un hombre de bien, Carlos... y perdone mi confianza... Vamos, Moisés.

CARLOS S. — ¡Por vida, el vejete está chiflado!... Pero escuche, Premium, tendrá que preparar alojamiento para estas señorías.

SIR OL. — Sí, sí, en un día o dos enviaré a por ellos.

CARLOS S. — Pero atención, habrá que buscarlos en un coche decente, pues le aseguro que la mayor parte solía viajar en vida en su propio carruaje.

SIR OL. — Lo haré, lo haré, para todos menos para Sir Oliver.

CARLOS S. — Sí, todos salvo el aprendiz de nabab.

SIR OL. — ¿Está resuelto a ello?

CARLOS S. — ¡No podría estarlo más!

SIR OL. (*Aparte.*) — ¡Qué encanto de cabeza local!... (*Alto.*) ¡Buenos días!... Vamos, Moisés... (*Aparte.*) ¡Qué se atrevan a llamarlo un perdido en mi presencia! (*Sale junto con Moisés.*)

DESC. — ¡A fe, el miembro más estafalario de su especie con que tropecé en mi vida!

CARLOS S. — Cáspita, sospecho que es el príncipe de los prestamistas. No me explico cómo diablos hizo Moisés para congraciarse con un sujeto tan decente... ¡Ah! Aquí está Rowley... Descuido, por favor, dí a los demás que estaré en seguida con ellos.

DESC. — Voy... pero no te dejes llevar por ese

Sir Oliver sale de la entrevista
89
y se va con Carlos

moso tío Richard por diez libras! (*Alto.*) Bien está, lo tomo a ese precio.

CARLOS S. — Descuido, un martillazo para el tío Richard... Ahora viene Débora, su hermana soltera y tía abuela mía, pintada por Kneller en su mejor época, sin hablar del formidable parecido. Aquí está representada, podrán verlo, como una pastora en medio de su rebaño. La ofrezco por cinco libras diez chelines... las ovejas solas lo valen.

SIR OL. (*Aparte.*) — ¡Ah, pobre Débora! ¡Una mujer que se estimaba en tantol... (*Alto.*) Cinco, diez... es mía.

CARLOS S. — ¡Abajo mi tía Débora! Ea, aquí hay dos que eran algo así como primos de los anteriores... Ve Ud., Moisés, que estos cuadros son de tiempo atrás, cuando los petimetres llevaban peluca y las damas su propio pelo.

SIR OL. — En verdad, parece que los tocados estaban algo más bajos en aquellos días.

CARLOS S. — Y bien, váyase la pareja por la misma suma.

MOISÉS. — Es buen negocio.

CARLOS S. — ¡Descuidol... Este otro es un abuelo de mi madre, un docto juez, famoso en todo el circuito del oeste... ¿Cuánto vale, Moisés?

MOISÉS. — Cuatro guineas.

CARLOS S. — ¡Cuatro guineasl... Por Dios, no me ofrecen ni el valor de su peluca... Sr. Premium, Ud. que siente más respeto por el saco de lana, abajo Su Señoría por quince. ¿Qué le parece?

SIR OL. — De acuerdo.

DESC. — ¡Vendidol

CARLOS S. — Y aquí dos de sus hermanos, Guillermo y Walter Romo, caballeros y miembros del Parlamento, famosos oradores; y, lo que es más extraordinario, creo que ésta es la primera vez que se vendieron.

SIR OL. — ¡Eso sí es extraordinariol Fije el precio Ud. mismo, en honor del Parlamento.

DESC. — ¡Bien dicho, mi amable Premium!... Por cuarenta son suyos.

CARLOS S. — Aquí está uno de los buenos... No sé el parentesco, pero fué alcalde de Norwich: tómelo por ocho libras.

SIR OL. — Nada de eso: seis bastarán para el alcalde.

CARLOS S. — Vamos, que sean guineas, y van de regalo estos dos concejales.

SIR OL. — Los llevo.

CARLOS S. — Descuido, un martillazo para el alcalde y los dos concejales... ¡Diablos! a este ritmo se nos irá en regateos el día entero; hagamos una venta al por mayor: ¿qué le parece, amable Premium? Déme Ud. trescientas libras por el resto de la familia en bloque.

DESC. — Sí, ésa será la manera mejor.

SIR OL. — Muy bien, cualquier cosa por servirle; son míos. Pero hay un retrato en el que nunca se detuvo Ud.

DESC. — ¿Cómo, el de ese ganapán mal parecido encima del canapé?

SIR OL. — Sí, señor, a ése me refiero; aunque no me parece del todo un ganapán, ni mal parecido.

CARLOS S. — ¿Cómo, ése? ¡Oh, es mi tío Oliver! Lo pintaron antes de su viaje a la India.

ACTO IV

ESCENA I. — Galería de retratos en casa de
CARLOS SURFACE

(*Entra el dueño de casa, en compañía de Sir Oliver Surface, de Moisés y de Descuido.*)

CARLOS S. — Entren, caballeros, por favor... aquí está, la familia de los Surface hasta la época de la Conquista.

SIR OLIVER. — Y forman, según opino, una bonita colección.

CARLOS S. — Así es, están realizados en el verdadero espíritu del retrato; nada de expresión ni de *grâce volontière*. ¡Qué diverso del arte de los Rafaeles de hoy en día, que se las arreglan para dar un fuerte parecido y hacer a la vez que el retrato viva independiente del original; aunque éste se hunda, el retrato queda en piel. No, no, el mérito de éstos es el añejo parecido... tan rígidos y azorados como los originales, y con nada que se les parezca en el resto de la naturaleza humana.

SIR OL. — ¡Ah! No volveremos a ver nunca más tales figuras.

CARLOS S. — Así lo espero. Ya ve, Sr. Premium, qué doméstico soy; aquí me paso tardes enteras rodeado por mi familia. Pero ea, al púlpito, señor rematador; esta silla gotosa del testamento de mi abuelo nos vendrá de perilla.

DESCUIDO. — Sí, no estará mal. Pero Carlos, no tengo martillo; ¿para qué sirve un rematador sin martillo?

CARLOS S. — Por el cielo, es verdad. ¿Qué pergamino es éste? Oh, la genealogía con todas sus ramas. (*Descolgando el documento.*) Ya ves, bribón, no tendrás un simple trozo de ébano; pongo en tus manos el árbol de la familia. Este será tu martillo, y ahora podrás rematar a mis antepasados con su propio linaje.

SIR OL. (*Aparte.*) — ¡Qué granuja desnaturalizado!... ¡un parricidio *ex post facto*!

DESC. — Así es, aquí está la lista de tu ascendencia... a fe, Carlos, es lo más conveniente que podías haber hallado para el asunto, pues servirá de martillo y de catálogo al mismo tiempo. Vamos, a la tarea... ¡En marcha, en marcha!

CARLOS S. — ¡Bravo, Descuido! Y bien, aquí está mi tío abuelo, Sir Richard Ravelin, un soberbio general en su momento, créame. Sirvió en todas las guerras del duque de Marlborough, y lo hirieron sobre un ojo en la batalla de Malplaquet. ¿Qué opina, Sr. Premium? Mírelo... ¡es un héroe! Nada de plumas, como los capitanejos mondos de hoy, sino envuelto en su peluca y sus distintivos, como debe estarlo un general. ¿Cuánto ofrece?

SIR OL. (*Aparte, a Moisés.*) — Hágame pedir a él.

MOISÉS. — El Sr. Premium preferiría que Ud. mismo pidiera algo.

CARLOS S. — En tal caso, lo tendrá por diez libras, y no es mucho por un oficial de Estado Mayor, se lo aseguro.

SIR OL. (*Aparte.*) — ¡El cielo me valga! ¡Su fa-

SIR OL. — He oído lo del tío rico; pero lo que no puede Ud. decir es en qué han de parar esas esperanzas.

CARLOS S. — ¡Oh nol... no hay duda posible. Me dicen que su preferencia por mí es prodigiosa, y que habla de dejarme su heredero universal.

SIR OL. — ¡Pardiez! Es la primera noticia que tengo.

CARLOS S. — Pues no es más que la verdad. Moisés bien lo sabe; ¿no es así, Moisés?

MOISÉS. — ¡Oh! Estoy dispuesto a jurarlo.

SIR OL. (*Aparte.*) — ¡Ea, sólo les falta convencerme de que estoy en Bengalal!

CARLOS S. — Y bien, Sr. Premium, lo que puedo proponerle, si Ud. acepta, es un *post-mortem* sobre la vida de Sir Oliver; aunque, al mismo tiempo, el viejo diablo ha sido tan generoso conmigo que sentiría saber que le ha ocurrido algo, se lo aseguro.

SIR OL. — ¡No lo sentiría más que yo, a fe mía! Pero la garantía de que Ud. habla es justamente la menos segura que pudiera ofrecerme... podría yo vivir hasta los cien años y no volver a reunirme con el capital.

CARLOS S. — ¡Oh, le prometo que sí! Apenas muerto Sir Oliver podrá venir a mí por el dinero.

SIR OL. — En tal caso sería el más molesto acreedor que tuvo Ud. en su vida.

CARLOS S. — ¡Cómo! ¿Teme Ud. que Sir Oliver sea demasiado duro de roer?

SIR OL. — No por cierto; aunque me aseguran que, para sus años, es el hombre más sano y bueno de la cristiandad.

CARLOS S. — También en eso le han informado

mal. No, no, el clima le ha hecho bastante daño, pobre tío Oliver. Así es, disminuye día a día, según me cuentan... últimamente está tan cambiado que ni sus parientes cercanos lo reconocerían.

SIR OL. — ¡Hal! ¡Hal! ¡Hal! ¡Tan cambiado que ni sus parientes más cercanos lo reconocerían!

¡Qué buenol... ¡Hal! ¡Hal! ¡Hal!

CARLOS S. — ¡Hal! ¡Hal... le agrada enterarse de mi buen Premium?

SIR OL. — No, no, de ninguna manera.

CARLOS S. — Sí que le encanta... ¡Hal! ¡Hal! ¡Hal! ... bien sabe que eso mejora las perspectivas.

SIR OL. — Pero cuentan que Sir Oliver está de viaje; cómo, si hasta dicen que ya ha llegado.

CARLOS S. — ¡Quiál! ¿Quién sabría mejor que yo si ha llegado o no? No, no, tenga la seguridad de que en este momento se halla en Calcuta. ¿No es así, Moisés?

MOISÉS. — Sin duda alguna.

SIR OL. — Bien dice Ud. que nadie podría saberlo mejor que Ud., aunque yo lo tenía de muy buena fuente. ¿No es así, Moisés?

MOISÉS. — ¿Qué duda cabe?

SIR OL. — Pero, señor, creo que necesitaba Ud. algunos cientos sobre el tambor. ¿Dispone Ud. de algo a cambio?

CARLOS S. — ¿Qué quiere Ud. decir?

SIR OL. — Y, veamos, por ejemplo, he oído que su padre dejó buena cantidad de vajilla de plata maciza.

CARLOS S. — ¡Dios mío! Eso ha tiempo que se fué. De qué manera, Moisés podrá decirlo mejor que yo.

última gota de la botella.
SIR OL. — Por favor, caballeros... no sospechaba esta costumbre.
CARLOS S. — No, no lo harán; el Sr. Premium es un extraño.
SIR OL. (*Aparte.*) — ¡Vaya! Y ojalá hubiera seguido siéndolo.
DESC. — ¡Al diablo con ellos! Si no quieren beber, no los admitiremos en nuestra compañía. Vamos, Harry, en el otro cuarto nos esperan los dados... Carlos, ¿vendrás al terminar tus negociaciones con estos caballeros?
CARLOS S. — ¡Seguro que iré! (*Salen los caballeros, con Descuido cerrando la marcha.*) ¡Descuido!
DESC. (*Volviéndose.*) — ¿Declaras?
CARLOS S. — Quizá te necesite.
DESC. — Oh, ya sabes que siempre estoy listo: garantía, pagaré o cheque, para mí todo es uno. (*Sale.*)
MOISÉS. — Carlos, éste es el Sr. Premium, caballero de estricto honor y suma discreción; siempre cumple lo prometido. Sr. Premium, éste es...
CARLOS S. — ¡Puah! ¡Concluye de una vez! Señor, mi amigo Moisés es la honradez en persona, pero algo tardo de expresión: se pasará una hora dándonos títulos. Sr. Premium, lisa y llanamente, la cuestión es ésta: Soy un joven dispendioso que necesita dinero prestado; a Ud. lo considero un prudente veterano, con dinero para prestar. ¡Y yo soy lo bastante cabeza loca como para dar un cincuenta por ciento antes que no tenerlo! En cuanto a Ud., sospecho que es lo bastante bribón como para

pedir cien por ciento, si es posible. Ve, pues, que nos hemos conocido desde el comienzo, y podemos pasar al grano sin más ceremonias.
SIR OL. — Más franqueza imposible, a se mía. Veo que no es Ud. hombre de muchos cumplidos.
CARLOS S. — ¡Oh, no! Cuentas claras alientan los negocios.
SIR OL. — Ya el asunto me gusta más. Sin embargo, se equivoca Ud. en una cosa: no tengo yo dinero para prestar, aunque creo que podría conseguirlo de un amigo. Lo que sí, éste es un perro sin conciencia. ¿No es así, Moisés? Y tiene que vender sus bienes para reunir la suma. ¿No es así, Moisés?
MOISÉS. — ¡Así es, por cierto! ¡Bien sabe que siempre digo la verdad y odio la mentira!
CARLOS S. — De acuerdo. Los que dicen la verdad, generalmente sienten así. Pero éstos son detalles, Sr. Premium. ¡Cómo! ¡Ya sé que no se puede conseguir dinero sin pagarlo!
SIR OL. — Sí pero, ¿qué garantías daría Ud.? No posee tierras, supongo.
CARLOS S. — Ni un terrón, como no sea lo que hay en los tiestos de mi ventana.
SIR OL. — Y tampoco bienes, supongo.
CARLOS S. — Sólo algunos semovientes... a saber unos pocos cuzcos y caballos. Pero por favor, Sr. Premium, ¿tiene Ud. alguna idea de mis relaciones?
SIR OL. — A decir verdad, la tengo.
CARLOS S. — Pues entonces no ignora Ud. que tengo un tío más que rico en las Indias Orientales, Sir Oliver Surface, sobre el que abrigo las mejores esperanzas.

la de ojos azules de cielo,
y la ninfa que sólo *uno* tiene.

CORO:

Pase la copa, etc.

A la moza de pechos de nieve,
y a la que es una mora morena;
a la esposa que en llanto conmueve,
y a la niña que nunca está seria.

CORO:

Pase la copa, etc.

Que sean esbeltas o gruesas, no importa,
viejas o jóvenes, no importa un ardite;
llenemos al borde los vasos y copas,
y bebamos todos, y viva el convite.

CORO:

Pase la copa, etc.

TODOS. — ¡Bravo! ¡Bravo! (*Entra Lance y murmura al oído de Carlos Surface.*)

CARLOS S. — Caballeros, excúsenme un momento... Descuido, preside tú la fiesta.

DESC. — Por favor, Carlos, ¿qué hay ahora? Sospecho que se trata de una de tus bellezas sin par, que apareció de improviso.

CARLOS S. — ¡A fe que no! A decir verdad, son un judío y un prestamista, a quienes había citado.

DESC. — ¡Al diablo! Hagan pasar al judío.

UN CABALLERO. — Sí, y al prestamista también.

OTRO CABALLERO. — Sí, sí, a uno y a otro.

CARLOS S. — ¡De todo corazón!... Lance, haz pasar a los caballeros... (*Sale Lance.*)... aunque

les advierto que uno de ellos es un extraño.
DESC. — Démosles algún Borgoña generoso, y a lo mejor se les despierta la conciencia.

CARLOS S. — ¡No, imposible! El vino no hace sino sacar a la luz las cualidades naturales: hacerlos beber sólo equivaldría a duplicar su bellquería. (*Vuelve Lance, junto con Sir Oliver Surface y Moisés.*)

CARLOS S. — ¡Ea, honesto Moisés, adelántel! Pase Ud. por favor, Sr. Premium... Así se llama el caballero, ¿no es así, Moisés?

MOISÉS. — Así es, señor.

CARLOS S. — Lance, trae sillas... Tome asiento, Sr. Premium... Lance, trae vasos... (*Lance provee sillas y vasos, y se retira.*) Tome asiento, Moisés... Veamos, Sr. Premium, le daré un buen lema para el brindis: ¡Al éxito de la usura!... Moisés, llénele un jarro al caballero.

MOISÉS (*Antes de beber.*) — ¡Al éxito de la usura!
DESC. — Bravo, Moisés... La usura es prudencia y tesón, y merece tener éxito.

SIR OL. (*Antes de beber.*) — Vaya entonces... ¡Por todo el éxito que se merecel

DESC. — ¡No, no, eso no basta! Sr. Premium, se mostró Ud. remiso para brindar, y ahora tomará una pinta entera.

UN CABALLERO. — Una pinta, por lo menos.

MOISÉS. — Por favor, consideren... el Sr. Premium es un caballero.

DESC. — Y por lo tanto le gusta el buen vino.

OTRO CABALLERO. — Denle un cuarto a Moisés... esto es un motín, y serio desprecio por la presidencia.

DESC. — ¡Ea, ahí val! Se hará justicia hasta la

CARLOS SURFACE. — ¡Por el cielo, que es verdad!... tanto han degenerado los tiempos. A muchos de nuestros amigos no les falta gusto, espíritu y cortesía; pero, ¡el diablo se los lleva!, no saben beber.

DESCUIDO. — ¡Así es, Carlos! Se entregan a todos los sólidos placeres de la mesa, y sólo se abstienen del vino y del ingenio. ¡Y ello va muy en desmedro de la buena compañía! Ahora, en lugar del espíritu convivial y de las chanzas que solían desbordar de un vaso de brillante Borgoña, la conversación se ha llegado a parecer al agua mineral que beben, con todo el burbujeo y la flatulencia del Champagne, pero sin una chispa de su bouquet.

UN CABALLERO. — ¿Qué otro remedio queda a los que prefieren el juego a la bebida?

DESC. — Verdad: ahí está Harry que, para poder jugar, se pone a dieta, y ahora vive a régimen de azar.

CARLOS S. — Tanto peor para él. ¡Cómo! ¿Quién prepara un caballo para las carreras suprimándole el pienso? Por mi parte, Dios es testigo, nunca tengo tanta suerte como cuando estoy un poco chispo: déjenme tirar el dado tras una botella de Champagne y nunca pierdo... o, por lo menos, nunca siento lo perdido, que en el fondo viene a ser lo mismo.

OTRO CABALLERO. — Así lo creo yo también.

CARLOS S. — Y además, ¿quién puede pretenderse devoto del amor, si ha abjurado del vino? Por esta piedra de toque conoce el que ama su propio corazón. Hay que beber doce jarros a la salud de otras tantas bellas, y la que sobrenada es la que os ha cautivado.

DESC. — Vamos a ver, Carlos, sé honesto y revélanos la verdadera favorita.

CARLOS S. — Cómo, si solamente me he reservado su nombre por compasión. En cuanto le dedique un brindis, tendrán que citar un número de sus iguales, lo cual es imposible... sobre la tierra.

DESC. — ¡No importa! ¡Ya encontraremos algunas vestales canonizadas o algunas diosas paganas que vengan al pelo, te lo aseguro!

CARLOS S. — ¡Vasos aquí, canalla! ¡Vasos! ¡María! ¡María!...

SIR HARRY BUMPER. — ¿María qué?

CARLOS S. — Bah, al diablo el apellido... el calendario del amor no conoce tantas formalidades; pero atención, Sir Harry, hay que buscar una belleza superlativa.

DESC. — ¿Para qué, Sir Harry? Nada de devanarse los sesos: aceptaremos el brindis aunque a su amada le falte un ojo, y bien sabe que hay una canción como disculpa.

SIR HARRY B. — ¡Así es, válgame el cielo! Y en lugar de la dama, le daré la canción. (Canta.)

Aquí hay para niñas de quince,
y la viuda que tiene cincuenta,
la astuta y sus sabios esguinces,
y la dueña que sabe de cuentas.

CORO: .

Pase la copa,
viva la moza.

seguro ha de ser una excusa donosa.

Para aquella que ríe en sus hoyuelos,
y para quien sería nos viene;

por naua me olvidé del pequeño Premium, no, no.

SIR OL. — Muy bien; y por favor, joven, ¿cuál es su gracia?

LANCE. — Lance, señor; me llamo Lance, para servirlo.

SIR OL. — Y bien, joven Lance, no trabaja Ud. en un mal lugar, por lo que veo.

LANCE. — Para qué negarlo... somos aquí tres o cuatro que no lo pasamos del todo mal; claro que nuestros sueldos están algo atrasados... y tampoco son mucho que digamos... unas cincuenta libras por año nada más, y debemos traer nuestras propias redecillas y ramilletes.

SIR OL. (*Aparte.*) — ¡Redes y ramilletes! ¡Cuerdas y bastonazos!

LANCE. — Y *à propos*, Moisés... ¿consiguió que me descontaran aquella pequeña cuenta?

SIR OL. (*Aparte.*) — ¡También necesita dinero, Dios me valga! Apuesto a que tiene sus aprietos, como un señor, y se permite importunos y acreedores.

MOISÉS. — De verdad que fué imposible, señor Lance.

LANCE. — ¡Caramba, me sorprendel La había endosado mi amigo Raspa, y pensé que su nombre sobre un documento valía tanto como dinero contante y sonante.

MOISÉS. — ¡No!... ni eso valió de nada.

LANCE. — Una suma ínfima... apenas veinte libras. Oiga, Moisés, ¿no sería posible conseguir las como pensión anual?

SIR OL. (*Aparte.*) — ¡Pensión anual! ¡Hal! ¡Hal! Un lacayo conseguir dinero por una anualidad! ¡Esta sí que es buena! ¡Viva el lujo!...

MOISÉS. — Sí, pero tendrá Ud. que garantizarla con su puesto.

LANCE. — ¡De todo corazón! Y con la vida también, si se le ofrece.

SIR OL. (*Aparte.*) — Nunca creí que su pescuezo valiera tanto.

LANCE. — Pero Moisés, tendrá que ser antes de que se publique ese maldito Registro; a nadie le gusta verse en boca de las gentes.

MOISÉS. — Por supuesto que no. ¿No hay nada que pudiera dejar en prenda?

LANCE. — Verá, hace tiempo que no me cae nada bueno del guardarropa de mi amo; pero podría hipotecar algunas de sus ropas de invierno, con promesa de rescate para antes de noviembre... o tendrá Ud. una pensión sobre el terciopelo francés, o un *post-mortem* sobre el azul y plata... todo esto, creo yo, maese Moisés, junto con algunos puños y chorreras de encaje, como seguridad colateral... ¿eh, amiguito?

MOISÉS. — Bien está. (*Suena la campanilla.*)

LANCE. — ¡Ea, sonó la campanilla! Caballeros, creo que ahora puedo hacerlos pasar. ¡No se olvide de la pensión, Moisésito! Por aquí, caballeros. Estoy pronto para empeñar el puesto.

SIR OL. (*Aparte.*) — ¡Si el criado es reflejo del amo, esto es el templo mismo de la disipación! (*Salen.*)

ESCENA III. — Otro salón en la misma casa

(*Descúbrese, en plena francachela, a Carlos Surface, Sir Harry Bumper, Descuido y otros caballeros.*)

contrado a ninguna mujer dispuesta a sopor-
tarlo.

SIR PET. — Así, así, señora; pero bien contenta
estuvo Ud. de escucharme: nunca había tenido
antes tal oferta.

LADY T. — ¿No? ¿No rechacé a Sir Tivy Terrier,
que todos reconocían como mejor partido? Sus
posesiones son tan buenas como las suyas, y
además se rompió el pescuezo desde la fecha
de nuestra boda.

SIR PET. — ¡Señora, hemos terminado! El desagra-
decimiento se une a su falta de corazón...
¡pero se acabó! La creo capaz de todo lo ma-
lo... Sí, señora, ahora creo los rumores acerca
de Ud. y Carlos... Sí, se supone, no sin fun-
damento, que...

LADY T. — ¡Tenga cuidado, Sir Peter! ¡Más le
valiera no insinuar tal cosa! Le aseguro que
no sospecharán de mí sin causa alguna.

SIR PET. — ¡Muy bien, señora, muy bien! Separación
de bienes en cuanto Ud. lo quiera. ¡Así
es, señora, o un divorcio!... Serviré de escar-
miento a los solterones... ¡Separémonos, se-
ñora!

LADY T. — ¡De acuerdo, de acuerdo!... Y ahora,
querido Sir Peter, ya que estamos otra vez de
acuerdo, podemos ser la pareja más feliz...
y no volver a discutir... ¡Hal! ¡Hal! ¡Hal! Bien,
veo que está Ud. a punto de montar en cólera,
y no quisiera interrumpirlo... ¡hasta la vista!
(Sale.)

SIR PET. — ¡Rayos y centellas! ¡Y ni siquiera pue-
do irritarla! ¡Oh, soy el más desdichado de la
tierra! Pero no soportaré que se envanezca de

su tranquilidad: ¡No! me destrozaré el cora-
zón, pero no se mantendrá tranquila. (Sale.)

ESCENA II. — Una habitación en casa de
CARLOS SURFACE

(Entra Lance, seguido por Moisés y Sir Oliver
Surface.)

LANCE. — ¡Ud. aquí, maese Moisés! Si esperan un
momento, veré si... ¿Cuál es el nombre del
caballero?

SIR OLIVER (Aparte, a Moisés.) — ¿Cómo me lla-
mo, Sr. Moisés?

MOISÉS. — El Sr. Premium.

LANCE. — Premium... bienvenido. (Mientras sa-
le, aspira rapé.)

SIR OL. — A juzgar por los sirvientes, nadie cree-
ría que el amo está en la ruina. Cáspita...
¿no era ésta la casa de mi hermano?

MOISÉS. — Así es, señor; el joven Carlos la com-
pró del Sr. José, con muebles, cuadros, etc.,
tal como la dejó el anciano caballero. Sir Peter
lo consideró como un alarde dispendioso.

SIR OL. — Pues en mi opinión, mucho más re-
preensible fué la economía del otro al vendér-
sela. (Reaparece Lance.)

LANCE. — Dice mi amo que se sirvan esperar los
caballeros: tiene visita y no puede aún reci-
birlos.

SIR OL. — Si supiera quién es que desea verlo,
acaso no nos enviaría ese mensaje.

LANCE. — Sí, sí, señor; sabe que está Ud. aquí...

SIR PET. — Bien... rivalicemos en lo futuro a
quién se muestra más amable.

LADY T. — Sir Peter, le aseguro que la bondad
le sienta a maravilla... Así se parece a lo que
era antes de la boda, cuando solíamos pasear
bajo los olmos, y me contaba sus lançes de
juventud haciéndome cosquillas bajo el men-
tón, así es; y luego me preguntaba si era ca-
paz de amar a un marido viejo, que no me
negaría nada... ¿no fué así acaso?

SIR PET. — Sí, sí, y Ud. tan amable y atenta...

LADY T. — ...Cierto, y dispuesta a defenderlo
cuando mis relaciones intentaban ponerlo en
ridículo.

SIR PET. — ¡En verdad!

LADY T. — Claro, y cuando mi prima Sofía lo
llamaba solterón seco y regañón, y se reía de
mí porque pensaba casarme con quien podía
ser mi padre, siempre asumí su defensa y dije
que no me parecía tan feo después de todo,
y hasta me atrevía a esperar que haría un
buen marido.

SIR PET. — Fué justa la profecía; y ahora sere-
mos la pareja más feliz...

LADY T. — ¿Y no volveremos a discutir?

SIR PET. — ¡Nunca más!... claro que al mismo
tiempo, querida mía, debe Ud. vigilar su tem-
peramento; en todas nuestras pequeñas renci-
llas, querida mía, recuerde Ud., amor mío,
que Ud. empezó primero.

LADY T. — Permítame, querido Sir Peter, lo cier-
to es que Ud. siempre me ha provocado.

SIR PET. — ¡Vamos, ángel mío! Cuidado... con-
tradecir no es el modo de mantener amistades.

*Sir Peter y Lady T. ultiman
reunirse por la primera
pelea.*

cont
LADY T. — ¡No empiece Ud. entonces, dueño
mío!

SIR PET. — ¡Ahí está Ud.... Ud. se empeña en
seguir. No ve Ud., vida mía, que está haciendo
precisamente lo que siempre me hace montar
en cólera.

LADY T. — Bueno, si piensa Ud. irritarse sin el
menor motivo, mi querido...

SIR PET. — ¡Eal Quiere otra pelea.

LADY T. — No, seguro que no... pero si es Ud.
tan rencoroso...

SIR PET. — ¡Ya salió aquello! ¿Quién empieza?...

LADY T. — Cómo, Ud., con toda seguridad. Yo
no dije nada... pero de mal humor quién lo
aguanta.

SIR PET. — No, no, señora: su carácter tiene la
culpa.

LADY T. — Sí, es Ud. justamente lo que anun-
ciaba mi prima Sofía.

SIR PET. — Esa prima Sofía es una gitana imper-
tinente.

LADY T. — ¡Es Ud. justamente quien puede de-
nigrar a mis parientes!

SIR PET. — Nada, que caigan sobre mí redobladas
las plagas del matrimonio, si intento otra vez
reconciliarme con Ud.

LADY T. — Tanto mejor.

SIR PET. — No, no, señora: es evidente que jamás
le importé un alfiler; yo fui el necio al hacerla
mi esposa... una petulante coqueta rural, que
había dado calabazas a la mitad de los ho-
nestos hidalgos del contorno.

LADY T. — Y yo también fui una necia al casar-
me con Ud.... un solterón vacilante, soltero
a los cincuenta únicamente por no haber en-

tan amable joven, ¿no reflexionas sobre la correspondencia que merecen sus atenciones?

MARÍA. — Sir Peter, por cierto que lamento mucho que me importune Ud. con tanta frecuencia sobre este asunto... Me obliga a declarar que, antes que al Sr. Surface, preferiría a cualquiera de los que alguna vez me demostraron cierto afecto.

SIR PET. — ¡Vaya terquedad!... No, no, a quien preferirías es a Carlos. Sus vicios y locuras te han ganado el corazón, es evidente.

MARÍA. — Es Ud. injusto. Bien sabe que obedecí sus órdenes de no volver a verle, y ni siquiera a escribirle: lo que he sabido basta para vencerme de que no merece mi afecto. ¿Qué culpa tengo si, mientras mi razón condena con severidad sus errores, mi corazón pide un poco de compasión para sus desdichas?

SIR PET. — Nada, nada, compadécele todo lo que quieras; pero tu corazón y tu mano merecen mejor dueño.

MARÍA. — ¡Pero su hermano... nunca!

SIR PET. — ¡Véte... insolente y tercal! Pero cuidado, señorita; nunca conoció Ud. la autricidad de un tutor: no me obligue a enseñarle hasta dónde llega.

MARÍA. — Sólo puedo decir que la justicia no estará de su parte. Verdad es que, por el testamento de mi padre y durante un breve período, debo considerarlo como su substituto; pero cesaré de juzgarlo de tal modo si persiste Ud. en hacerme desdichada. (Sale.)

SIR PET. — ¿Hubo alguna vez hombre más contrariado? ¡Todo conspira para mortificarme! No habían pasado ni quince días desde mi

Su Peter discute con Maria sobre su relación con Carlos, y su preferencia por el.

boda cuando su padre, robusto y saludable como el que más, dejó este mundo, creo que por el solo gusto de fastidiarme con el cuidado de su hija... (Se oye canturrear fuera a Lady Teazle.) ¡Pero aquí viene mi consorte! Por lo que oigo, parece de excelente humor. ¡Qué feliz sería yo si mis escaramuzas la obligaran a quererme, por poco que fueral! (Entra Lady Teazle.)

LADY TEAZLE. — ¡Por el cielo, Sir Peter, espero que no haya habido un disgusto con María! No es ser justo conmigo, el estar malhumorado cuando no estoy presente.

SIR PET. — Ah, Lady Teazle, y pensar que de Ud. dependería tenerme de buen humor en todo momento.

LADY T. — Con seguridad que lo desearía; porque en este instante quisiera verlo del humor más dulce y agradable. Ea, un poco de buen carácter y deme Ud. doscientas libras.

SIR PET. — ¡Doscientas libras! Cómo, ¿no puedo estar de buen humor sin tener que pagar por ello? Pero hábleme Ud. así y a nada puedo negarme. Las tendrá... después de sellarme un compromiso de devolución.

LADY T. — De ninguna manera... ahí está... espero que mi mano sea suficiente. (Ofreciendo la mano.)

SIR PET. — Y no me regañará más por no concederle una posición independiente. Pronto tendrá una sorpresa... y viviremos siempre así, ¿eh?

LADY T. — Si es de su gusto. No me importa cuándo dejemos de querrelarnos, siempre que Ud. confiese que abandonó primero.

MOISÉS. — Si no le pide más que eso, quedará inmediatamente al descubierto.

SIR OL. — ¡Cómo, por los diablos!... Entonces, ¿cuánto?

MOISÉS. — Depende de las circunstancias. Si no demuestra mayor ansiedad por obtenerlo, bastará con un cuarenta o cincuenta por ciento solamente; pero si se encuentra en gran apuro y necesita dinero como el aire que respira, puede pedirle el doble.

SIR PET. — ¡De honrado oficio le veo aprendiz, Sir Oliver!

SIR OL. — Así me parece... y muy de provecho.

MOISÉS. — Recuerde además que no tiene Ud. mismo los dineros, y que se ve obligado a solicitárselos para él a un viejo amigo.

SIR OL. — ¡Oh!, me los presta un viejo amigo, ¿no es así?

MOISÉS. — Y el tal amigo es un perro sin conciencia pero... ¿qué remedio queda?

SIR OL. — Mi amigo es un perro sin conciencia, ¿no es así?

MOISÉS. — Sí, y tampoco dispone del dinero, sino que debe vender sus bienes a pura pérdida.

SIR OL. — Debe vender a cualquier precio, ¿no es así? ¡Caramba, qué gentileza de su parte!

SIR PET. — A fe, Sir Oliver... Sr. Premium quiero decir, pronto será Ud. maestro en el oficio.

Cómo, Moisés, ¿no debería chillar un poco contra la Ley de Intereses? Me parece que estaría muy en carácter.

MOISÉS. — Mucho, así es.

ROWLEY. — ¿Y lamentar que ahora un joven tenga que estarse años bajo tutor, antes de que se le permita arruinarse?

MOISÉS. — Sí, ¡gran desgracia!

SIR PET. — Y tomárselas con los que reconocen méritos a una ley que sólo tiende a rescatar al infortunio y a la imprudencia de la garra avariciosa de la usura, y a dar a los menores la posibilidad de gozar de su herencia sin caer en la ruina en el mismo momento en que logran su posesión.

SIR OL. — Basta... basta... Moisés me dará otras instrucciones mientras vayamos de camino.

SIR PET. — No habrá mucho tiempo, puesto que su sobrino vive en las inmediaciones.

SIR OL. — ¡Oh, no hay temor! Mi maestro parece tan capaz que, aunque viviera Carlos en la otra calle, sería culpa mía si no soy ya un bribón consumado al dar vuelta la esquina. (Sale con Moisés.)

SIR PET. — Ahora creo que Sir Oliver quedará convencido: no es Ud. imparcial, Rowley, y quizás había preparado a Carlos para el otro plan.

ROWLEY. — Doy palabra de que no, Sir Peter.

SIR PET. — Bien, vaya a traerme a ese Snake y oír lo que tenga que decirme. Ahí veo a María, y me gustaría hablarle... (Sale Rowley.) ¡Con qué placer me convencería de que mis sospechas sobre Carlos y Lady Teazle son injustas! Nunca me he confiado sobre el particular a mi amigo José... Pero estoy decidido a ello... me dará su opinión sinceramente. (Entra María.) ...¿Supongo, niña, que ha vuelto contigo el Sr. Surface?

MARÍA. — No, señor, tenía otra obligación.

SIR PET. — Y bien, María, cuanto más tratas a

y saludable
to, creo que
el cuidado
ra a Lady
el Por 1)
or. ¡Qué
bligaran
a Lady

spero
aría!
ado

d.
o

SIR PET. — Ya se ha dicho demasiado sobre el asunto.

ROWLEY. — Aquí llega el honrado israelita. (*Entra Moisés.*) ... Este es Sir Oliver.

SIR OL. — Señor, me dicen que últimamente ha tenido Ud. negocios en común con Carlos, mi sobrino.

MOISÉS. — Así es, Sir Oliver, hice por él todo lo posible; pero ya estaba arruinado antes de recurrir a mi asistencia.

SIR OL. — Una verdadera pena, ya que no tuvo Ud. oportunidad para demostrar su talento.

MOISÉS. — Oportunidad ninguna; sólo tuve el gusto de conocer sus apuros cuando ya estaba endeudado en varios miles.

SIR OL. — ¡Qué desdicha, en verdad!... ¿Pero supongo que hizo Ud. por él cuanto estaba a su alcance, digno Moisés?

MOISÉS. — Sí, y él lo sabe... Esta misma tarde debía yo presentarle un caballero de la banca, que no lo conoce y quizás se avenga a anticiparle algún dinero.

SIR PET. — ¡Cómo! ¿Uno a quien Carlos nunca pidió prestado?

MOISÉS. — Así es... el Sr. Premium, de la calle de los Frailes, que antes fué prestamista.

SIR PET. — ¡Cáspita, Sir Oliver, tengo una idea! ... ¿Dice Ud. que Carlos nunca vió a Premium?

MOISÉS. — Ni de lejos.

SIR PET. — Ea, Sir Oliver, se le presenta una oportunidad mejor de convencerse, y no por medio de esa vetusta historia del pariente pobre: vaya con el amigo Moisés, a guisa de Premium,

*Sr Oliver se ha ido para
primero por un prestamista
que se presta a Carlos*

y me atrevo a jurarle que verá al sobrino en toda su gloria.

SIR OL. — A te que prefiero esta idea a la otra; después puedo visitar a José con el nombre del viejo Stanley.

SIR PET. — Así es... nada lo impide.

ROWLEY. — Claro que esto es sorprender a Carlos con cierta desventaja... Y bien, Moisés, ¿comprende Ud. la intención de Sir Peter? ¿promete ser fiel?

MOISÉS. — Pueden confiar en mí... A esta hora más o menos debía yo visitarlo.

SIR OL. — Estoy dispuesto a acompañarlo en cuanto quiera, Moisés... ¡Pero alto! Me había olvidado de algo... ¿Cómo demonios voy a pasar por judío?

MOISÉS. — No hace ninguna falta... El prestamista es cristiano.

SIR OL. — ¿Cristiano? Lamento saberlo. Ea, ¿no es mi traje demasiado elegante para un usurero?

SIR PET. — De ningún modo; tampoco sería inapropiado si fuera Ud. en su propio carruaje... ¿verdad, Moisés?

MOISÉS. — Lo más cierto del mundo.

SIR OL. — Bien está, pero... ¿como he de hablar?... Ha de haber una jerga de usureros y un modo de tratar que yo debiera conocer.

SIR PET. — Oh, no hay mucho que aprender. A mi juicio, el punto capital es mostrarse exorbitante en las exigencias... ¿eh, Moisés?

MOISÉS. — Sí, ése es un punto capital.

SIR OL. — Les aseguro que por ello no va a quedar. Le pediré un ocho o diez por ciento sobre el préstamo, por lo menos.

ACTO III

ESCENA I. — Habitación en casa de SIR PETER TEAZLE

(*Entran Sir Peter Teazle, Sir Oliver Surface y Rowley.*)

SIR PETER. — Bien, hablaremos primero con nuestro hombre, y luego vendrá el vino... pero, ¿de qué se trata, maese Rowley? No veo el alcance de su plan.

ROWLEY. — Y bien, señor, el Stanley de que le hablaba está emparentado con ellos por su madre. Tenía comercio en Dublín, pero se ha visto arruinado por una serie de inmerecidas calamidades. Por carta y desde su prisión, ha solicitado ayuda del Sr. Surface y de Carlos: el primero sólo ha contestado con evasivas y futuras promesas; en tanto, Carlos ha hecho todo lo que le permitió su pasado despilfarro. En este momento, hace lo imposible para reunir una suma de dinero, y parte de ella, no obstante sus aprietos, sé que está destinada al pobre Stanley.

SIR OLIVER. — ¡Ahl... reconozco al hijo de mi hermano.

SIR PET. — Sea, pero cómo podrá Sir Oliver en persona...

ROWLEY. — A eso voy; haré saber a Carlos y a su hermano que Stanley ha obtenido permiso para dirigirse personalmente a sus amigos. Como ni uno ni otro lo ha visto en la vida, Sir

Sir Oliver se ha hecho pasar como Stanley emparentado en la familia de los Surface, quien ha solicitado su ayuda. Esto para juzgar sus

Oliver podrá presentarse bajo su nombre, con lo cual tendrá por lo menos buena oportunidad para juzgar de la benevolencia de sus disposiciones; y créame, señor, que el menor se mostrará dueño, en medio de sus locuras, y tal como lo expresa nuestro bardo inmortal, "de un corazón abierto a la piedad, y una mano capaz de caridad".

SIR PET. — ¡Puah! ¿Qué importa que su mano o su bolsa estén abiertas, si ya no tiene nada para dar? No importa... hagamos la prueba, si les parece. ¿Dónde está el individuo que vino para satisfacer las preguntas de Sir Oliver acerca de los asuntos de Carlos?

ROWLEY. — Abajo está, esperando órdenes, y nadie podría informarle mejor. Sir Oliver, se trata de un buen judío y, para ser justos con él, ha hecho cuanto pudo para que su sobrino tuviera consciencia de sus extravagancias.

SIR PET. — Que suba, por favor.

ROWLEY (*Aparte, a un Sirviente.*) — Ruégale al Sr. Moisés que suba.

SIR PET. — Pero, ¿por qué suponen que dirá la verdad?

ROWLEY. — Oh, lo he convencido de que su única posibilidad de recuperar ciertos anticipos está en la generosidad de Sir Oliver, de cuyo arribo ya está enterado; se puede confiar pues en su fidelidad a los propios intereses. Tengo además otras pruebas en mi poder, cierto Snake a quien he sorprendido poco menos que fraguando documentos: pronto lo traeré como testigo para quitar a Sir Peter algunos de sus prejuicios.

Viene un judío fiel de Carlos para explicar a Sir Oliver el verdadero estado de Carlos.

¡real! ¿Lo encuentro a Ud. casado? Bueno, bueno, puesto que no hay más remedio... ¡de todo corazón le desco felicidad!

SIR PET. — ¡Gracias, gracias, Sir Oliver! Así es, me han admitido en el... estado feliz. Pero no hablemos de eso ahora.

SIR OL. — Mejor, mejor, Sir Peter: los viejos amigos no deben empezar con reconcomios en la primera entrevista... no, nada de eso.

ROWLEY (*Aparte a Sir Oliver.*) — Señor, cuidado, por favor.

SIR OL. — Bien está... ¿de modo que uno de mis sobrinos está haciendo de las suyas, eh?

SIR PET. — ¿De las suyas?... ¡Ah, viejo amigo, lamento su desilusión al respecto; es una verdadera bala perdida! A pesar de todo, su hermano puede ser una compensación: José es realmente lo que debiera ser un joven. Todos hablan bien de él.

SIR OL. — Peor que peor; quien tiene demasiado buen nombre no puede ser honrado. ¡Todos hablan bien de él! ¡Puah!, entonces se ha inclinado con tanto respeto ante los necios y los bribones como ante la dignidad honesta, el talento y la virtud.

SIR PET. — Cómo, Sir Oliver, ¿le reprocha Ud. no tener enemigos?

SIR OL. — Sí, si tiene cualidades suficientes como para merecerlos.

SIR PET. — Vaya, vaya... se convencerá Ud. cuando lo conozca. Nada más edificante que oírle conversar; profesa los más nobles sentimientos.

SIR OL. — ¡Al diablo con sus sentimientos! Si me saluda con un discurso moral en la boca, se me revolverá el estómago... No me interprete

58
Sir Oliver le da la de verídica
naturaleza de José mientras Sir Peter
se acuerda.

mal, Sir Peter; no pretendo defender los errores de Carlos: pero, antes de formarme juicio sobre ambos, es mi intención probar sus corazonas; el amigo Rowley y yo tenemos un plan con tal propósito.

xy
b
Sir
O

ROWLEY. — Y Sir Peter admitirá por una vez que se dejó engañar.

SIR PET. — ¡Oh! Apuesto la vida a que José es honrado.

SIR OL. — Dios dirá... vamos, ea, una botella de buen vino, para beber a la salud de la dueña de casa; ya le contaremos nuestra artimaña.

SIR PET. — ¡Bien, *allons!*

SIR OL. — Y por favor, no sea Ud. tan severo hacia el hijo de un viejo amigo. ¡Por vida mía! No me disgusta que se haya apartado algo del buen camino: por mi parte, me asquea ver la prudencia adherida a los verdes zarcillos de la juventud; es como la hiedra alrededor de un tallo, que ahoga el crecimiento del árbol. *(Salen.)*

ja

Sir Oliver - lea saber su propósito de probar los caracteres de sus sobrinos - antes de formarse juicio

que, sin saber cómo, me veo ahora su admirador en serio. Empiezo a creer sinceramente que más valdría no haberme empeñado tanto en conseguir buen nombre, porque esta ambición me ha embarcado en tantas trapacerías que no tendría nada de extraño si al final quedara en descubierto. (Sale.)

ESCENA III. — Habitación en casa de SIR PETER TEAZLE

(Entra Sir Oliver Surface con Rowley)

SIR OLIVER S. — ¡Hal! ¡Hal! ¡Hal! ¿Con que mi viejo amigo se ha casado, eh?... con una joven del campo... ¡Hal! ¡Hal! ¡Hal! ¡Haberse mantenido solterón tanto tiempo, para dar al final en la flor del matrimonio!

ROWLEY. — Nada de burlas sobre el tema, Sir Oliver: es un punto sensible, se lo aseguro, aunque sólo hace siete meses que está casado.

SIR OL. — ¡Entonces sólo ha ocupado medio año el banquillo del arrepentimiento!... ¡Pobre Peter!... Pero, ¿me dices que se ha desentendido de Carlos... que no lo ve nunca?

ROWLEY. — Su prejuicio contra él es extraordinario y, estoy seguro, lo aumentan sus celos de él y Lady Teazle, industriosamente elaborados por una sociedad de malas lenguas que hay en la vecindad; ellos han contribuido no poco al mal nombre de Carlos aunque, en verdad, si la dama se inclina por uno de ellos, creo que su hermano es el preferido.

SIR OL. — Así es, sé que hay un grupo de chis-

*Se sugiere que una de las
razones por las que el Sr.
Peter tiene mala opinión de Carlos
son los rumores sobre su relación
con su esposa.*

mosos malignos y enredadores, tanto hombres como mujeres, que asesinan reputaciones para matar el tiempo; son capaces de robarle a un mancebo su buen nombre antes de que tenga años suficientes como para apreciar su valor.

Pero a mí no podrán predisponerme tales gentes contra mi sobrino, te lo aseguro... No, no... si Carlos no ha caído en nada deshonesto o mezquino, yo repararé sus dispendios.

ROWLEY. — En tal caso, ¡por vida mía!, Ud. podrá rescatarlo... ¡Ah, señor!, me vuelve el alma al cuerpo al ver que Ud. no se ha puesto también contra él; al hijo de mi antiguo amo le queda un amigo, a pesar de todo.

SIR OL. — Maese Rowley, ¿cómo voy a olvidarme de cuando yo mismo tenía sus años?... Por Dios, ni mi hermano ni yo fuimos mozos demasiado prudentes; y, sin embargo, no creo que hayas visto muchos hombres mejores que tu antiguo amo.

ROWLEY. — La misma reflexión me hace creer que Carlos podrá ser todavía el honor de su familia... Pero aquí está Sir Peter.

SIR OL. — Así es... ¡Válgame Dios!... ¡Cómo ha cambiado! Se le nota un reposado aire matrimonial. ¡Se le ve el marido a tiro de fusill! (Entra Sir Peter Teazle.)

SIR PET. — ¡Ah, Sir Oliver... viejo amigo! ¡Mil veces bienvenido a Inglaterra!

SIR OL. — ¡Gracias... Sir Peter! Y de corazón me alegra el verlo bien.

SIR PET. — Oh, no es de ayer que no nos vemos... quince años, me temo, y con más de una contrariedad en el camino.

SIR OL. — Ya, ya, también yo tuve lo mío. Pero,

*Sir Oliver duda de lo que dicen
de su sobrino Carlos*

José S. — Sin duda alguna, señora: siempre ha sido una de mis máximas que propagar algún yerro a la ligera merece más desprecio que inventarlo por venganza. Pero, María, ¿puede Ud. compadecerse de los demás y mostrarme sólo a mí indiferencia?... ¿no hay esperanza para la más tierna pasión?

MARÍA. — ¿Por qué se empeña en mortificarme volviendo al tema?

José S. — ¡Ah, María! No me trataría Ud. así contra la voluntad de su tutor, pero bien sé que el disipado Carlos es siempre un rival preferido.

MARÍA. — ¡Qué poco noble el recordarlo!... Cualesquiera sean mis sentimientos por ese infortunado joven, sepa Ud. que no me sentiré más obligada a sacrificarlo porque sus aprietos le hayan hecho perder hasta la consideración de un hermano.

José S. — No, no, María, no me abandone Ud. con tal ceño: por lo más sagrado, le juro...
(Se pone de rodillas. Vuelve a entrar Lady Teazle, inadvertida. Aparte.) ¡Por vida! ¡Ahí está Lady Teazle!... (Alto, a María.) No debe Ud., no... de ninguna manera... porque, si bien siento el mayor respeto por Lady Teazle...

MARÍA. — ¡Lady Teazle!

José S. — Mas, si llegara a sospechar Sir Peter...

LADY T. (Adelantándose.) — ¿Qué es esto, por favor? ¿La toma Ud. por mí?... Niña, te esperan en el otro salón... (Sale María.) ¿Puede Ud. explicarme todo esto?

José S. — ¡Oh, es la circunstancia más desdichada del mundo! María ha llegado a sospechar algo

de la tierna ansiedad que siento por Ud. y su dicha, y me amenazó con comunicar a Sir Peter sus barruntos: trataba yo precisamente de hacerla entrar en razón cuando Ud. llegó.

LADY T. — ¡En verdad! Pues parecía haber adoptado Ud. un modo muy tierno de razonar... ¿discute siempre de rodillas?

José S. — Oh, es muy niña aún, y pensé que un poco de retórica... Pero, Lady Teazle, ¿cuándo me dará Ud. su opinión sobre mi biblioteca, según lo prometido?

LADY T. — No, no: comienzo a creer que sería imprudente, y sabe Ud. que solamente lo acepto como admirador hasta donde los usos lo toleran.

José S. — Verdad... un mero *cicisbeo* platónico... lo que toda esposa puede permitirse.

LADY T. — Seguramente, no hay que apartarse de la moda... Sin embargo, y por mucho que me mortifique el constante mal humor de Sir Peter, todavía me quedan suficientes prejuicios campesinos como para nunca pensar en...

José S. — La única venganza a su alcance... Y bien, aplaudo su moderación.

LADY T. — Vaya, es Ud. un bribón adulator... Pero nos echarán de menos... volvamos a la reunión.

José S. — Sería mejor quizá no volver juntos.

LADY T. — Bien, pero no espere Ud.; María no volverá ya a escuchar el resto de sus razones, se lo prometo. (Sale.)

José S. — ¡En qué extraño dilema ha desembocado mi política! Al comienzo sólo buscaba congraciarme con Lady Teazle, para que no se opusiera a mi amor hacia María; y héte aquí

Ud. se imagina.

LADY T. — Verdad, Sir Peter: creo que se hallan tan emparentados que jamás pueden reconciliarse.

SIR BEN. — O bien supongamos que son marido y mujer, ya que rara vez se los ve juntos.

LADY T. — Pues Sir Peter es tan enemigo de los rumores, que creo le encantaría verlos perseguir por el Parlamento.

SIR PET. — Por el cielo, señora, si consideraran las burlas sobre la reputación una falta tan grave como el meterse en cercado ajeno, y votaran una ley para la preservación del buen nombre, espero que muchos agradecerían tal acción.

LADY SNEER. — ¡Por favor, Sir Peter! ¿Quiere despojarnos de nuestros privilegios?

SIR PET. — Así es, señora, y en cuanto a ultimar reputaciones y atropellar honras, sólo se le permitiría a las solteronas con licencia y a las viudas desilusionadas.

LADY SNEER. — ¡Es Ud. un monstruo!

SRA. CÁN. — ¿Confío en que no sería Ud. demasiado severo para quienes sólo difunden lo que han escuchado?

SIR PET. — ¡Qué esperanza, señoral! Para ellos también habría código de comercio: en todos los casos de moneda calumniosa, de no poderse hallar a quien hizo circular la mentira, los agraviados tendrían derecho a desquitarse con los que la endosaron.

CANGR. — Si me preguntan a mí, creo que nunca hubo una historia escandalosa sin algún fundamento.

SIR PET. — Oh, de cada diez invenciones malévo-

las, nueve se fundan en alguna ridícula mala interpretación.

LADY SNEER. — Ea, señoras, ¿pasamos al salón vecino para comenzar nuestra partida? (Entra un Sirviente, que murmura algo a Sir Peter.)

SIR PET. — Al momento estoy con ellos... (Sale el Sirviente; aparte.) Me iré sin que lo noten.

LADY SNEER. — Sir Peter, ¿no pensará Ud. en dejarnos?

SIR PET. — Ruego a V. Señoría que me disculpe; me solicita un asunto privado. Pero dejo con Uds. mi buen nombre. (Sale.)

SIR BEN. — Y bien... Lady Teazle, debo decirle que ese marido suyo es de una especie bastante rara: si no fuera su marido, le contaría sobre él algunas anécdotas que la harían reír de buena gana.

LADY T. — Por favor, por eso no quede; vamos, ¿de qué se trata? (Salen todos, salvo José S. y María.)

JOSÉ S. — María, veo que esta compañía no es muy de su agrado.

MARÍA. — ¿Cómo podría serlo? Si provocar sonrisas maliciosas ante los defectos o errores de los que nunca nos hicieron nada es privilegio del ingenio y el buen humor, concédame el cielo doble porción de estupidez! *

JOSÉ S. — Créame sin embargo que parecen peor de lo que son... en el fondo no abrigan malas intenciones.

MARÍA. — En tal caso son todavía más despreciables: a mi juicio, lo único capaz de excusarlo sería que la intemperancia de sus lenguas fuera efecto natural e irreprimible de un corazón amargado. N

LADY SNEER. — Nadie niega que se conserve hermosa todavía... y tampoco puede sorprender su debilidad en la vista, sabiendo lo mucho que lee a la luz de las velas.

SRA. CÁN. — Verdad; y en cuanto a sus maneras, palabra de honor, las creo particularmente graciosas, más considerando que jamás tuvo la menor educación: bien sabe Ud. que su madre era una modista de Gales y su padre fué confitero en Brístol.

— SIR BEN. — ¡Ah, son Uds. dos del más excelente naturall

SIR PET (*Aparte.*) — Sí, malhaya el buen naturall ¡Y a su pariente, válgame el cielol

SRA. CÁN. — Por mi parte, reconozco que no puedo soportar que hablen mal de un amigo.

SIR PET. — ¡Seguro que nol

SIR BEN. — Oh, es Ud. de índole moral. La Sra. Cándida y yo podemos aguantarnos durante una hora mientras Lady Stucco enhebra sus máximas.

LADY T. — Cierito, me parece que Lady Stucco va muy bien con el postre después de la cena; es idéntica a las nueces francesas, que se cascan para sacarles el versito... toda pintura y proverbio.

SRA. CÁN. — No esperen mi colaboración para ridiculizar a una amiga; siempre se lo digo a mi prima Ojines, ¡y bien conocen su pretensión de ser un crítico de bellezal

CANGR. — ¡Oh, sin duda alguna! Tiene ella misma el semblante más extraordinario que jamás se vió; es una colección de rasgos de los diferentes países del orbe.

SIR BEN. — Nada más cierto... frente de Irlanda...

CANGR. — Bucles caledonios...

SIR BEN. — Nariz a la holandesa...

CANGR. — Boca borbónica...

SIR BEN. — Cútilis de española...

CANGR. — Y dientes à la *Chinoise*...

SIR BEN. — Su cara se asemeja en suma a la *table d'hôte* de una estación termal... donde no hay dos de igual nación.

CANGR. — O a un congreso después de una guerra mundial... en el que todos los miembros incluyendo los ojos, demuestran intereses contradictorios, y sólo la nariz y el mentón permiten esperar que coincidan alguna vez.

SRA. CÁN. — ¡Hal ¡Hal ¡Hal

SIR PET. (*Aparte.*) — ¡Por vida mía!... ¡y cenarl con ella dos noches por semana!

LADY SNEER. — Vaya, vaya... son Uds. un par de renacuajos.

SRA. CÁN. — Ah, pero prometo que no ganarán tan fácil... permítaseme decir que la Sra. Ojines!

SIR PET. — Señora, le ruego me disculpe... no hay modo de contener la lengua de estos caballeros... pero si le digo, Sra. Cándida, que la dama a quien denigran es amiga personal mía, tengo la esperanza de que Ud. no asumirá su defensa.

LADY SNEER. — ¡Hal ¡Hal ¡Hal ¡Bien dicho, Sir Peter! Pero qué cruel es Ud.... Demasiado flemático para una broma, y a la vez demasiado quisquilloso para permitirle a los demás.

SIR PET. — ¡Ah, señora! El verdadero ingenio está más cerca de un buen natural de lo que

SIR BEN. — Cómo, Lady Sneerwell, ahora es Ud. severa con la viuda. Vamos, el asunto no es que se pinte tan mal... sino que, al terminar con la cara, la une tan mal al cuello que parece una estatua restaurada, en la que el *connaisseur* ve al punto que la cabeza es moderna, aunque el tronco sea antiguo.

CANGR. — ¡Hal! ¡Hal! ¡Bien dicho, sobrino!

SRA. CÁN. — ¡Hal! ¡Hal! ¡Hal! Sí, me hace reír Ud., pero confieso que me disgusta. ¿Qué piensa Ud. de la Srta. Mueca?

SIR BEN. — Pues bien, tiene muy lindos dientes.

LADY T. — Así es, y por tal motivo, cuando no está hablando o riendo (lo que rara vez ocurre), nunca cierra del todo la boca: siempre deja un resquicio, más o menos... así. (*Muestra los dientes.*)

SRA. CÁN. — ¿Cómo puede ser Ud. tan malintencionada?

LADY T. — Al contrario, concedo que aun eso vale más que la preocupación de la Sra. Pacata por ocultar sus pérdidas al frente. Frunce la boca hasta que se parece en todo a la abertura de una alcanía, y diríase que todas sus palabras se deslizan como de canto... así: ¿Cómo está Ud., señora? Sí, señora.

LADY SNEER. — Bravo, Lady Teazle; veo que tampoco a Ud. le falta severidad.

LADY T. — Para defender a un amigo, sólo es justicia. Pero ya viene aquí Sir Peter a aguar-nos la fiesta. (*Entra Sir Peter Teazle.*)

SIR PETER. — Señoras, a vuestros pies... (*Aparte.*)

¡El cielo me proteja! ¡Está aquí todo el mundo! Supongo que a cada frase muere una reputación.

SRA. CÁN. — Nos alegra el verle, Sir Peter. Se han mostrado tan criticones... y Lady Teazle como el que más.

SIR. PET. — Debe haber sido desolador para Ud., Sra. Cándida, me atrevería a jurarlo.

SRA. CÁN. — Oh, no están dispuestos a reconocer cualidades a nadie; ni siquiera al buen carácter de nuestra amiga la Sra. Pursy.

LADY T. — Cómo, ¿esa señora gorda que estaba anoche en lo de la Sra. Cuadrilla?

SRA. CÁN. — Ahí está, su tamaño es su ruina; y ya que se preocupa tanto por librarse de él, no debiera Ud. traerlo a colación.

LADY SNEER. — Me adhiero por completo.

LADY T. — Sé además que vive casi únicamente de vinagre y leche cuajada; usa poleas para ponerse el corsé; y a veces, en la tarde más calurosa del verano, puede vérsela jadeando sobre una jaca enana, con el cabello trenzado a la nuca como un tambor mayor, y dando vueltas y vueltas a todo trote por el picadero.

SRA. CÁN. — Gracias, Lady Teazle, por defenderla.

SIR PET. — ¡Sí, buena defensa, en verdad!

SRA. CÁN. — Sin mentir, Lady Teazle es un crítico tan acerbo como la Srta. Oliva.

CANGR. — Sí, y es ella justamente quien puede criticar... una pértiga desgarbada, sin la menor cualidad de qué envanecerse.

SRA. CÁN. — Le ruego que no se muestre tan severo. La Srta. Oliva es próxima pariente mía por alianza y, en cuanto a su persona, hay mucho que disculparle; créame que una mujer debe luchar contra grandes desventajas cuando intenta pasar por una niña a los treinta y seis.

genioso para un impromptu.

SIR BEN. — Pero, señoras, ante todo es necesario conocer las circunstancias. Deben saber que, la semana pasada, mientras Lady Betty Curriculo estaba tomando calor en Hyde Park, sobre una especie de factón en *duodécimo*, me solicitó algún verso sobre sus jacos; sin perder tiempo, saqué mi anotador y en un momento pergeñé lo siguiente:

Jamás vió nadie dos tan lindos ponies;
Entre jamelgos rústicos, estos son macaronis:
Al darles tal nombre, de no errar me consuelo,
Por sus piernas leves y cola hasta el suelo.

CANGR. — Ea, señoras, compuesto entre dos golpes de fusta y además a caballo.

JOSÉ S. — Un verdadero Apolo montado... no miento, Sir Benjamín.

SIR BEN. — ¡Bah, señor mío!... fruslerías... fruslerías. (*Entran Lady Teazle con María.*)

SRA. CÁN. — Me tienen que dar una copia.

LADY SNEER. — Lady Teazle, confío en que veremos a Sir Peter.

LADY T. — Supongo que no tardará en presentar sus respetos a V. Señoría.

LADY SNEER. — ¡María querida, qué aire tan grave! Ven, te pondremos a jugar piqué con el Sr. Surface.

MARÍA. — Las cartas no me divierten gran cosa... no importa, haré lo que Ud. guste.

LADY T. (*Aparte.*) — Me sorprende que Surface se disponga a jugar con ella; créi que aprovecharía esta oportunidad para hablarme, antes de que llegue Sir Peter.

SRA. CÁN. — Por vida mía, son Uds. tan amigos de murmurar que me veré obligada a evitar

factón

46

esta sociedad.

LADY T. — ¿De qué se trata, Señora Cándida?

SRA. CÁN. — No están dispuestos a admitir que la Sra. Bermellón es bonita.

LADY SNEER. — Oh, seguramente, es un lindo tipo de mujer.

CANGR. — Me encanta oír esa opinión, señora.

SRA. CÁN. — Su color es de una frescura encantadora.

LADY T. — Sí, cuando está todavía fresco.

SRA. CÁN. — ¡Por favor! Juraría que su color es natural: he visto cómo se le va y vuelve.

LADY T. — No lo pongo en duda, señora: se quita a la noche, y vuelve otra vez por la mañana.

SIR BEN. — ¡Así es; no sólo se le va y vuelve, sino que además, válgame el cielo, su mucama puede llevarlo y traerlo!

SRA. CÁN. — ¡Hal! ¡Hal! ¡Hal! ¡Cómo me disgusta oírlos hablar así! Pero, por lo menos, su hermana es, o era, muy hermosa.

CANGR. — ¿Quién? ¿La Sra. Siempreviva? ¡Dios mío, si tiene sesenta años, y me quedo cortol

SRA. CÁN. — Vamos, tiene Ud. un prejuicio en contra de ella: cincuenta y dos o cincuenta y tres como máximo... y no creo que represente más.

SIR BEN. — ¡Ah! No hay que juzgarla por lo que representa, a menos que fuera posible verle la cara.

LADY SNEER. — Está bien, la Sra. Siempreviva se toma alguna molestia para reparar los estragos del tiempo, pero hay que reconocer que lo hace con sumo ingenio: y eso seguramente vale más que el desgaire con que la viuda de Ocre calafatea sus arrugas.

Bermellón⁴⁷
calafatea

infimo de mis gastos de elegancia?

SIR PET. — ¡Por vida de, Lady Teazle! ¿Cuáles eran sus pequeños gastos de elegancia antes de casarse conmigo?

LADY T. — En mi opinión, debiera halagarle que consideraran a su mujer como una dama de buen gusto.

SIR PET. — Sí, sí... volvemos a lo mismo... ¡buen gusto! ¡Cáspita, Ud. no tenía ningún gusto cuando se casó conmigo!

LADY T. — ¡Eso es muy cierto, Sir Peter! Y admito que, después de casarme con Ud., tampoco debiera volver a tener ninguna pretensión al buen gusto. Ahora bien, ya que hemos terminado nuestra pelotera diaria, ¿supongo que puedo atender a mi compromiso en lo de Lady Sneerwell?

SIR PET. — Sí, ése es otro precioso detalle... ¡encantador conjunto de relaciones el que frecuenta Ud. allí!

LADY T. — Vamos, Sir Peter, son todos personas de clase y fortuna, con notable apego a su reputación.

SIR PET. — ¡Seguro, válgame el cielo! De lo que sacrifican por la propia se vengán sobre la de los demás; en su opinión, ¡sólo ellos deberían tener buen nombre! ¡Qué tropa! Ah, más de un infeliz se vió en la horca, y sin embargo había causado menos daño que esos inventores de falsedades, acuñadores de escándalo y retazadores de toda buena fama.

LADY T. — ¿Qué oigo? ¿Pretende Ud. limitar la libertad de opinión?

SIR PET. — ¡Ah!, veo que han conseguido rebajarla al nivel de su sociedad.

Sir Peter y su esposa discuten sobre los gastos excesivos de ella y Sir Peter le recuerda como era ella cuando la conoció

LADY T. — Cómo, creo que me desempeño con bastante gracia. Pero le confieso que denigro a la gente sin ninguna mala intención: cuando difundo alguna perrería, es sencillamente efecto del mejor buen humor; y doy por sentado que los demás me pagan exactamente con la misma moneda. Pero, Sir Peter, recuerde que Ud. prometió venir también a lo de Lady Sneerwell.

SIR PET. — Está bien, no haré más que asomarme, sólo para defender mi buen nombre.

LADY T. — Vaya, dése entonces prisa detrás de mí, o será tarde. *(Sale.)*

SIR PET. — ¡Eal... ¡mucho he ganado con mis protestas! Y sin embargo, ¡con qué aire encantador contradice cuanto yo digo! ¡qué gracia ostenta al demostrar su desprecio por mi autoridad! Sea, aunque no puedo lograr que me ame, tengo una gran satisfacción al pelearme con ella; y nunca me parece más seductora como cuando hace todo lo que esté a su alcance para mortificarme. *(Sale.)*

ESCENA IV. — En el salón de LADY SNEERWELL

(En escena aparecen Lady Sneerwell, la Sra. Cándida, Cangrejal, Sir Benjamin Mordaz y José Surface.)

LADY SNEER. — Nada, nada, queremos escucharlo.

JOSÉ S. — Sí, sí, el epigrama ante todo.

SIR BEN. — ¡El diablo se lo lleve, tío! Es una bagatela.

CANGR. — Por cierto que no; Dios mío, muy in-

para adornar de flores el salón en pleno invierno, gastar más de lo que haría falta para transformar el Panteón en un invernadero, y hacer proyectos para una *fête champêtre* en Navidad!

LADY T. — ¿Y tengo yo la culpa, Sir Peter, si las flores encarecen con el frío? Debiera Ud. enfurruñarse con el clima, y no conmigo. ¡Por mi parte, claro está, preferiría que fuera primavera todo el año, y que las rosas nacieran bajo nuestros pies!

SIR PET. — ¡Diablos, señora!... Si hubiera nacido para esto, no me sorprendería oírle hablar así; pero se olvida de lo que era su situación antes de nuestro casamiento.

LADY T. — No, no me olvido; tiene que haber sido muy desagradable, de lo contrario no me hubiera casado con Ud.

SIR PET. — Así es, señora: vivía Ud. en forma bastante más sencilla... como la hija de un simple hidalgo campesino. Acuérdesse, Lady Teazle, de la primera vez que la vi, sentada frente al bastidor, con un lindo vestidito de lino estampado, provista de un buen manojito de llaves, con el cabello simplemente alisado en un solo bucle, y el cuarto adornado con flores y frutos de paño, bordados por su propia mano.

LADY T. — Sí, sí, lo recuerdo muy bien, y la curiosa vida que llevaba. Mi diaria ocupación era inspeccionar la lechería, vigilar el gallinero, copiar extractos del libro de recetas de la familia, y peinar el falderillo de mi tía Débora.

SIR PET. — Sí, sí, señora, ésa era en verdad.

LADY T. — Y además, ¡ya conoce Ud. mi pasatiempo por las tardes! Sacar moldes para encajes, aunque luego no tuviera el material para realizarlos; jugar al *Papa Juan* con el cura; leerle un sermón a mi tía; o sentarme a la vieja espineta, y aporrearla hasta que roncara mi padre, fatigado de cazar zorros.

SIR PET. — Me encanta ver su excelente memoria. ¡Sí, señora, de tales esparcimientos vine yo a rescatarla; en cambio ahora, no puede estar sin su coche —un *vis-à-vis*— con tres lacayos empelucados al frente; y, en verano, sin su tronco de blancos para ir a Kensington Gardens. ¿No más recuerdos, me imagino, de cuando bastaba un caballejo de cola recortada, para montarlo a horcajadas detrás del mayordomo?

LADY T. — No, juro que nunca hice eso; rechazo el mayordomo y el caballo.

SIR PET. — Señora, tal era su situación; ¿y qué hice por Ud.? La convertí en una mujer de distinción, de fortuna, de rango... en una palabra, la hice mi mujer.

LADY T. — Y bien, aún le queda algo que agregar a sus múltiples bondades, y es...

SIR PET. — ¿Hacerla mi viuda, sospecho?

LADY T. — ¡Hum! ¡hum!

SIR PET. — Gracias, señora... pero no se engañe Ud.; su mala conducta bien puede turbar la paz de mi ánimo, pero no llegará a partirme el corazón, se lo prometo; de cualquier manera, le quedo muy agradecido por la buena intención.

LADY T. — ¿Por qué entonces se ha propuesto Ud. disgustarme en todo y oponerse al más

caballejo

sario cuidarse de no discutir mientras él sea huésped de la casa.

SIR PET. — ¡Caramba, tiene razón!... y eso es imposible. ¡Ah, Rowley, el solterón que se casa con mujer joven merece... no, para qué, si en el pecado lleva ya la penitencia!

Al terminar el primer
acto han sido rebuyados
los personajes de Sir Peter
Jose }
Carlos }
Campeón }
Maldar }
Marian }
Lady Teazle }
Candida }
Suave }
Campeón }
Candida }
Suave }
Campeón }

ACTO II

ESCENA I. — En casa de SIR PETER TEAZLE
(*Entran Sir Peter y Lady Teazle.*)

SIR PETER. — ¡Lady Teazle, Lady Teazle, no estoy dispuesto a aguantarlo!

LADY TEAZLE. — ¡Sir Peter, Sir Peter!, puede Ud. aguantarlo o no, según le plazca; pero yo debiera hacerme el gusto en todo y, lo que es más, estoy decidida a que así sea. Por más que fui criada en la campaña, bien sé que en Londres las mujeres de distinción no deben dar explicaciones a nadie, una vez que están casadas.

SIR PET. — Muy bien, señora, muy bien; ¿de modo que el marido no debe ejercer ninguna influencia, ninguna autoridad?

LADY T. — ¡Autoridad! Por supuesto que no: si Ud. deseaba tener autoridad sobre mí, tenía que adoptarme, no que casarse conmigo: su edad era más que suficiente.

SIR PET. — ¡Mi edad!... sí, ¡ahí está la madre del borrego! ¡Bien, bien, Lady Teazle, aunque me haga desdichado su mal carácter, no quiero verme también arruinado por sus despilfarros!

LADY T. — ¡Mis despilfarros! ¿Acaso soy más manirrota de lo que corresponde a una mujer de distinción?

SIR PET. — Se acabó, señora: no disipará Ud. más sumas en un lujo descabellado. ¡Por vida de,

padre, también está resuelta a rebelarse, y por nada del mundo acepta al hombre que hace tiempo le elegí para marido; supongo que su intención es preferir al otro hermano, al libertino.

ROWLEY. — Sabe Ud., Sir Peter, que siempre me he tomado la libertad de disentir de su opinión sobre ambos jóvenes. Sólo deseo que no se engañe Ud. en su concepto del mayor. Porque Carlos, ¡por vida mía!, aun está a tiempo para reparar sus errores. A sus años, su digno padre, que fué mi amo respetado, era igualmente una bala perdida; sin embargo, al morir, no dejaba un corazón más benévolo que el suyo entre los que lamentaban su pérdida.

SIR PET. — Está en un error, maese Rowley. Cuando murió su padre, fué una especie de tutor, hasta que la liberalidad de su tío, Sir Oliver, les otorgó una temprana independencia; es natural, pues, que nadie tuviera más oportunidad que yo para juzgar sus corazones, y en esto jamás me dejé engañar. José es realmente un modelo para los mozos de su edad. Es un hombre de buenos sentimientos, y guía su vida por los sentimientos que profesa. El otro en cambio, estoy dispuesto a jurarlo, si heredó alguna vez un asomo de virtud, ya lo ha disipado con el resto de su herencia. ¡Ah! ¡Qué mortificación para mi viejo amigo Sir Oliver cuando descubra el mal empleo que ha tenido parte de su largueza!

ROWLEY. — Lamento encontrar en Ud. tanta animadversión contra el joven, ahora que su destino ha llegado quizás al punto más crítico. Traigo noticias que le sorprenderán.

SIR PET. — ¡Eal, soy todo oídos.

ROWLEY. — Sir Oliver ya ha llegado, y se encuentra en la ciudad.

SIR PET. — ¡Cáspita, qué sorpresa! Creí que no lo esperaban este mes.

ROWLEY. — Exacto: pero realizó una travesía de notable rapidez.

SIR PET. — Por el cielo, me alegrará ver a mi viejo amigo después de dieciséis años de ausencia. ¡Hemos vivido juntos más de una aventura!... ¿Todavía nos ordena que ocltemos a sus sobrinos la llegada?

ROWLEY. — Más que nunca. Antes de que se divulgue, pretende poner a prueba sus disposiciones.

SIR PET. — ¡Ah! No hace falta ser muy fino para descubrir los méritos de uno y otro... De cualquier modo, que se salga con la suya. Por favor, ¿sabe que estoy casado?

ROWLEY. — Sí, y pronto le transmitirá sus buenos descos.

SIR PET. — ¡Vaya, es como beber a la salud de un amigo que se nos está muriendo! ¡Ah, cómo se va a reír de mí Sir Oliver! Solíamos decir pes-tes del matrimonio, pero él tuvo el mérito de aplicar sus propias enseñanzas. Bueno, pronto vendrá a mi casa... daré al punto órdenes para su recibimiento. Pero, maese Rowley, que no se le escape una palabra de nuestras desavenencias.

ROWLEY. — De ninguna manera.

SIR PET. — ¡Me sería imposible soportar las bur-las de Oll! Prefiero que crea, y Dios me perdone, que somos una pareja feliz.

ROWLEY. — Comprendo... claro que será nece-

más agradables a V. Señoría que a aquella pobre niña.

LADY SNEER. — Me temo que su afecto esté más comprometido de lo que sospechamos. Pero la familia vendrá aquí esta tarde, de modo que puede Ud. quedarse y tendremos oportunidad para más observaciones; entretanto, iré a planear nuevos entuertos, y vaya Ud. a meditar nuevas máximas. (Salen.)

ESCENA II. — Habitación en casa de
SIR PETER TEAZLE

SIR PETER (Entra.) — ¡Qué puede esperarse, cuando un solterón se casa con una joven! Hace seis meses que Lady Teazle me hizo el más feliz de los hombres... ¡y desde entonces he sido el can más desdichado! Ya hubo escaramuzas yendo a la iglesia, y una buena pelea antes de que las campanas terminaran de repicar. Durante la luna de miel, más de una vez estuvo a punto de sofocarme la hiel, y ya había perdido toda esperanza antes de que se agotaran los buenos augurios de mis amigos. Y sin embargo, elegí con precaución... una moza criada en el campo, que nunca conoció más lujo que una falda de seda, ni otra diversión que el baile anual de gala después de las carreras. ¡Y ahora! ¡Ahora toma parte en los más locos tiquismiquis de la moda y la ciudad, con tanto desenfado como si nunca hubiera visto otros árboles u otro césped que los que crecen en Grosvenor Square! Esto me valió el sarcasmo de todas mis relaciones y

frecuentes párrafos en los periódicos. Disipa mi fortuna y, además, contradice mis menores manías; y lo peor es que debo quererla, o de lo contrario no soportaría todo esto. Sea como sea, nunca tendré la flaqueza de admitirlo. (Entra Rowley.)

ROWLEY. — ¡Oh, Sir Peter! Servidor de Ud. ¿Cómo se encuentra?

SIR PETER. — Muy mal, maese Rowley, muy mal. Me salen al paso únicamente molestias y fastidios.

ROWLEY. — Pero cómo, ¿qué puede haber ocurrido desde ayer?

SIR PETER. — ¡Linda pregunta para un hombre casado!

ROWLEY. — No, estoy seguro de que Lady Teazle no puede ser el motivo de sus angustias.

SIR PETER. — ¿Cómo, le contó alguien que se había muerto?

ROWLEY. — Vamos, vamos, Sir Peter, Ud. la quiere, a pesar de que ambos temperamentos no vayan precisamente de acuerdo.

SIR PETER. — Pero la culpa es por completo de ella, Maese Rowley. Por mi parte, tengo el mejor carácter del mundo, y odio a los que sólo se complacen en fastidiar; se lo repito a ella cien veces por día.

ROWLEY. — ¡Qué me dice Ud.!

SIR PETER. — Así es; y lo verdaderamente notable es que, en todas nuestras discusiones, ¡soy yo siempre quien tiene razón! Lo cierto es que la gaterva con quien se reúne en casa de Lady Snerwell alienta lo perverso de su disposición. Además, para colmo de fastidio, María, mi pupila, que debiera obedecerme como a un

José S. — Nadie pone en duda la imprudencia de Carlos; pero espero que gentes oficiosas no hayan predispuesto a Sir Oliver contra él. Aun puede reformarse.

SIR BEN. — ¡Claro que puede! Por mi parte, nunca lo creí tan falto de principios como afirma la gente; aunque ha perdido todos sus amigos, me cuentan que nadie goza de mejor concepto entre los judíos.

CANGR. — Y no mienten, sobrino. Si la vieja judería fuera un distrito, Carlos sería su condejal: nadie hay allí más popular, ¡válgame el cielo! Cuentan que paga tantos intereses como la tontina de Irlanda y, cuando cae enfermo, se elevan rogativas por su salud en todas las sinagogas.

SIR BEN. — A pesar de ello, no hay hombre más rumboso. Según me dicen, cuando invita a cenar a sus amigos, se sienta a la mesa con una docena de garantías, mantiene a veinte comerciantes en la antecámara, y hay un oficial de justicia detrás de cada huésped.

José S. — Esto podrá divertirles, caballeros, pero no prestan suficiente atención a los sentimientos de un hermano.

MARÍA (Aparte.) — ¡Su malignidad es intolerable!... (Alto.) Lady Sneerwell, me veo obligada a despedirme: no me siento del todo bien. (Sale.)

SRA. CÁN. — ¡Válgame Dios! No hace más que cambiar de color.

LADY SNEER. — Sra. Cándida, haga el bien de seguirla; quizá necesite algún auxilio.

SRA. CÁN. — Lo haré, señora, de mil amores... ¡Pobre niña, quién sabe en qué aprietos se

encuentra! (Sale.)

LADY SNEER. — No es nada, sólo que no puede soportar que la conversación recaiga sobre Carlos, a pesar de sus diferencias.

SIR BEN. — El *penchant* de la joven salta a los ojos.

CANGR. — Pero, Benjamín, eso no es motivo para abandonar la caza: síguela y comunícale un poco de buen humor. ¿Por qué no le recitas alguno de tus versos? Vamos, yo te prestaré apoyo.

SIR BEN. — Pero, Sr. Surface, no fué mi intención lastimarle; créame Ud. que su hermano se halla totalmente arruinado.

CANGR. — ¡Sí, por el cielo! En la ruina total... no le prestan ni una guinea.

SIR BEN. — Y, según cuentan, no le queda bien mueble por vender.

CANGR. — Me encontré con uno que había estado en su casa. No habían dejado más que algunas botellas vacías, por descuido; y los cuadros de la familia que, según creo, están incrustados en el artesonado.

SIR BEN. — Y además, lamento decir que he escuchado cosas bastante feas sobre él. (Saluda como para salir.)

CANGR. — ¡Oh! Seguro que no ha dejado de caer en algunas bajezas.

SIR BEN. — De todos modos, considerando que es su hermano... (Saludando como para salir.)

CANGR. — Ya le contaremos todo en otra oportunidad. (Salen.)

LADY SNEER. — ¡Hal! ¡Hal! Les resulta muy duro abandonar un tema antes de haberlo agotado.

José S. — E imagino que sus calumnias no eran

CANGR. — Pregunten a Sir Benjamín.

SIR BEN. — Es muy cierto, señora: todo está fijado y hasta han encargado ya las libreas para la boda.

CANGR. — Así es... y afirman que había razones urgentes para hacerlo.

LADY SNEER. — Claro, algo me habían contado al respecto.

SRA. CÁN. — No puede ser... ¿cómo puede alguien creer semejante patraña de una niña tan prudente?

SIR BEN. — ¡Señora, por Dios! ¡por esa misma razón lo creyeron al momento! Se mostró siempre tan cauta y reservada, que nadie dudaba de que en el fondo sus buenas razones tendría para ello.

SRA. CÁN. — Por supuesto, un rumor escandaloso es tan fatal para la fama de una niña de su clase como suele serlo una simple fiebre para las más fuertes constituciones. Hay en cambio una suerte de reputaciones enfermizas, siempre llenas de achaques, pero capaces de sobrevivir a la honra más robusta de cien gazmoñas.

SIR BEN. — Verdad, señora: hay valetudinarias de la reputación tanto como de la salud y, conscientes de su flaqueza, evitan el menor soplo de aire y equilibran sus escasas fuerzas con la circunspección y el cuidado.

SRA. CÁN. — Pero, bien puede tratarse de un error. Sabe Ud., Sir Benjamín, que las coyunturas más baladíes pueden dar margen a rumores descabellados.

CANGR. — ¿Que si dan? ¡Podría jurarlo, señora! ¿Se enteró Ud. de cómo la Srta. Piper llegó a perder su amante y su reputación, en Tun-

bridge, el verano pasado?... ¿Recuerdas, Sir Benjamín?

SIR BEN. — ¡Oh, seguramentel... en las circunstancias más estrafalarias.

LADY SNEER. — ¿Cómo fué, por favor?

CANGR. — Verán Uds., una tarde en que recibía la

Sra. Ponto, se conversaba por casualidad sobre la posibilidad de criar aquí ovejas de Nueva Escocia. Dice una señorita de la reunión: puedo citar ejemplos de esa cría; pues Leticia Piper, mi prima hermana, tenía una Nueva Escocia que le dió mellizos. "¡Cómol", exclama Lady Pocasluces (la mayor que, como saben, es sorda como una tapia), "¿tuvo mellizos la Srta. Piper?" Este equívoco, como puede imaginarse, produjo en toda la asamblea un ataque de risa. A pesar de todo, desde la mañana siguiente, corría el rumor de que Leticia Piper había guardado cama por un niño y una niña rozagantes, y en pocos días lo creía toda la ciudad; en menos de una semana, ya conocían algunos el nombre del padre y el de la granja donde los rorros habían sido dejados en nodriza.

LADY SNEER. — ¡Extraña aventura!

CANGR. — La pura verdad, os aseguro. ¡Antes de que me olvide! Sr. Surface, por favor, ¿es cierto que su tío, Sir Oliver, estará pronto de regreso?

JOSÉ S. — Francamente, no me lo han comunicado.

CANGR. — Ha pasado un buen tiempo en las Indias Orientales. ¿Supongo que apenas lo recordará Ud.? ¡Magro consuelo, cuando vuelva, el enterarse de cómo le ha ido a su hermano!

pleta?
JOSÉ S. — Me temo que su situación sea bastante comprometida, señora.

SRA. CÁN. — Sí, así me habían dicho... pero debe alentarle Ud. a no perder el ánimo; puede decirse que todo el mundo está en el mismo brete: Lord Spindle, Sir Tomás Splint, el Capitán Quinze y el Sr. Nickit... todos a la quiebra, según me cuentan, en esta semana; de manera que si Carlos se hunde, descubrirá que la mitad de sus amigos también están arruinados y eso, bien lo sabe Ud., no deja de ser un consuelo.

JOSÉ S. — Sin duda, señora... y bien grande.
(*Vuelve el Sirviente.*)

SIRV. — El Sr. Cangrejal y Sir Benjamín Mordaz.
(*Sale.*)

LADY SNEER. — Bien lo ves, María, tu admirador te persigue; me atrevo a pronosticar que no podrás escaparle. (*Entran Cangrejal y Sir Benjamín Mordaz.*)

CANGR. — Beso vuestra mano, Lady Sneerwell. Sra. Cándida, ¿creo que no conoce Ud. a mi sobrino, Sir Benjamín Mordaz? Créame, señora, tiene su pizca de ingenio y es también un poeta distinguido. ¿No lo juzgáis así, Lady Sneerwell?

SIR BEN. — ¡Tío, por favor!

CANGR. — Tate, tate, si es verdad: en un acertijo o una charada, no le teme al mejor rimador del Reino. ¿No escuchó V. Señoría el epigrama que compuso la semana pasada, cuando se prendió fuego la pluma de Lady Frizzle?... Repítelo, Benjamín, o bien la charada que improvisaste anoche en la *conversazione* de la

Sra. Lirón. Vamos, vamos: la primera es nombre de un pescado, la segunda un gran comandante naval, y la...

SIR BEN. — Tío, te ruego...

CANGR. — Creedme, V. Señoría se sorprendería de lo listo que es para estas cosas.

LADY SNEER. — Lo que me pasma, Sir Benjamín, es que nunca publique Ud. nada.

SIR BEN. — A decir verdad, señora, no hay nada más vulgar que imprimir: como mis pobres obras son por lo general sátiras y brulotes contra ciertas personas en particular, he descubierto que aumento su difusión entregando copias en confianza a los amigos de los implicados. Sea como sea, tengo también algunas elegías de amor, que pienso entregar al público cuando una dama aquí presente las haya favorecido con una sonrisa.

CANGR. — ¡Por el cielo, señora, que la harán inmortal... ¡Pasará a la posteridad como la Laura de Petrarca o la Sacarisa de Waller!

SIR BEN (*Dirigiéndose a María.*) — Sí, señora, confío en que le gustarán cuando las lea en una hermosa página *in quarto*, en la que un tenue arroyuelo de texto traza sus meandros por los prados del margen. ¡Por el cielo, serán las más elegantes en su género!

CANGR. — Pero, señoras, es verdad... ¿saben Uds. la noticia?

SRA. CÁN. — Cómo, señor, ¿se refiere 'Ud. al rumor de que...?

CANGR. — No, señora, nada de eso... La Srta. Belinda está a punto de casarse con su muchamo.

SRA. CÁN. — ¡Imposible!

me dolió oírlo, como también enterarme, por el mismo conducto, que la armonía entre Sir Peter y Lady Teazle no habla sido últimamente toda la que fuera de desear.

MARÍA. — No deja de ser impertinente que la gente se ocupe de tales cosas.

SRA. CÁN. — Gran verdad, niña: pero, ¿qué puede hacerse? La gente tiene que hablar... no hay manera de evitarlo. ¡Cómo, si ayer mismo me contaban que la Srta. Vaivén se había fugado con Sir Filigrana Flirt! ¡Válgame el Señor! Mejor es no hacer caso de lo que se oye; aunque, para ser sincera, tuve la noticia de muy buena fuente.

MARÍA. — Tales chismes me parecen de lo más escandalosos.

SRA. CÁN. — Y lo son, niña... ¡realmente vergonzosos! Pero el mundo está lleno de censores, no hay carácter que escape a sus críticas... ¡Dios mío! ¿Quién hubiera sospechado que tu amiga, la Srta. Prim pudiera cometer una indiscreción? Y sin embargo, ¡la gente es tan malévolal Afirman que su tío la sorprendió la semana pasada a último momento, cuando ya tomaba el correo de York junto con su maestro de baile.

MARÍA. — Puedo jurar que tal comentario es infundado.

SRA. CÁN. — ¡Ah!, lo más infundado del mundo, me atrevería a decir: tanto como la información que difundieron hace un mes sobre los amores de la Sra. Festino con el Coronel Casino... aunque, a decir verdad, el asunto nunca se aclaró satisfactoriamente.

José S. — Es monstruoso que la gente se arrogue

el derecho de dar rienda suelta a su fantasía.
MARÍA. — Así es; pero, en mi opinión, no son menos culpables quienes se encargan de difundir esas invenciones.

SRA. CÁN. — Por supuesto que lo son; tan malos son los que transmiten historias como los que las inventan... la observación no es nueva, pero es verdadera: mas, como dije antes, ¿qué podemos hacer? ¿quién podrá impedir que la gente hable? Hoy, por ejemplo, me aseguró la Sra. Clackitt que por fin el Sr. y la Sra. Honeymoon se habían decidido a convertirse en marido y mujer como el resto de sus vecinos. Insinuó también que cierta viuda, de una calle próxima, se había visto libre de su hidropesía y había vuelto a sus andanzas del modo más sorprendente. Y eso no es nada: la Srta. Tattle, que se hallaba presente, afirmó que Lord Búfalo había descubierto a su mujer en una casa de no muy buena fama; y que Sir Harry Bouquet y Tomás Saunter iban a cruzar espadas por un lance similar. Pero, ¡por el cielo!, ¿supones que voy a difundir tamañas cosas? ¡No, no! Ya lo dije antes: en historias, tan malos son los transmisores como los inventores.

José S. — ¡Ah, Señora Cándida, si todo el mundo imitara su tolerancia y su buen natural!

SRA. CÁN. — Confieso, Sr. Surface, que no puedo tolerar que se murmure contra la gente a sus espaldas; y si alguna circunstancia malhadada pone al descubierto a los de mi relación, confieso que siempre me inclino a pensar lo mejor. Entre paréntesis, ¿espero que no sea cierto que su hermano está en la ruina más com-

mado Ud. tanto.

LADY SNEER. — ¡Vamos, qué excesiva severidad! Lo cierto tal vez es que llegó a oídos de María su presencia aquí, me atrevo a jurarlo. Pero, querida mía, ¿qué ha hecho Sir Benjamín para que lo evites?

MARÍA. — Oh, nada en verdad... es por lo que ha dicho: su conversación es un perpetuo ataque a todas sus relaciones.

JOSÉ S. — Y lo peor es que de nada vale no conocerlo; está tan dispuesto a ultrajar a un extraño como a sus mejor amigo; y su tío está cortado por la misma tijera.

LADY SNEER. — Así será, pero debemos reconocer que Sir Benjamín, amén de ingenioso, es un poeta.

MARÍA. — Por mi parte, señora, confieso que el ingenio pierde todo cuando lo acompaña la malignidad. ¿Cuál es su opinión, Sr. Surface?

JOSÉ S. — De acuerdo por completo; reír del sarcasmo que clava una espina en el pecho ajeno es hacerse cómplice de la mala acción.

LADY SNEER. — ¡Puah! No se puede ser ingenioso sin su asomo de perversidad: la malicia de un dicho es el aguijón que le permite morder. ¿Qué piensa Ud., Sr. Surface?

JOSÉ S. — (No hay duda, señora; si en la conversación se suprime el espíritu de la burla, sólo quedará el tedio y la insulsez.)

MARÍA. — Bien, no vamos a discutir hasta qué punto se tolera la maledicencia; pero estoy segura de que en un hombre es siempre despreciable. Tenemos orgullo, envidia, rivalidad, mil razones como para despreciarnos unos a otros, pero el calumniador debe ser por lo

menos tan cobarde como una mujer antes de poder difamarla. (*Vuelve el Sirviente.*)

SIRV. — Señora, abajo espera la Sra. Cándida en su carruaje, dispuesta a descender si V. Señoría tiene vagar para recibirla.

LADY SNEER. — Ruégale al momento que pase... (*Sale el Sirviente.*) Y bien, María, ahora conocerás un carácter de tu gusto: no se discute que la Sra. Cándida sea un poco charlatana, pero por lo demás de índole excelente.

MARÍA. — Sí, bajo una grosera afectación de benevolencia y buen natural, causa más daño que la malignidad del tío Cangrejal.

JOSÉ S. — A fe que no miente, Lady Sneerwell: cuando veo a veces que la corriente va en contra de la fama de mis amigos, nunca temo tanto por ellos como cuando la Sra. Cándida toma a su cargo el defenderlos.

LADY SNEER. — ¡Silencio!... ¡Aquí está ella! (*Entra la Sra. Cándida.*)

SRA. CÁN. — ¡Querida Lady Sneerwell! ¿En qué ha pasado Ud. el siglo transcurrido desde que no nos vemos?... Sr. Surface, ¿qué hay de nuevo?... Aunque a la verdad, poco importa, pues en mi opinión lo único que una oye son rumores escandalosos.

JOSÉ S. — No le falta a Ud. razón, señora.

SRA. CÁN. — ¡Oh, María, criatural... qué me dicen, ¿se acabó todo entre tú y Carlos? Su despilfarro, supongo... la ciudad no habla de otra cosa.

MARÍA. — Siento, señora, que la ciudad tenga tan poco en qué ocuparse.

SRA. CÁN. — Cierzo, cierto, niña: pero, ¿quién para la lengua de las gentes? Confieso que

LADY SNEER. — ¿Alude Ud. quizás a mi vecino, Sir Peter Teazle, y su familia?

SNAKE. — Así es. Tenéis allí a dos mozos para los que Sir Peter ha sido una especie de tutor desde la muerte del padre; dotado el mayor del más amable carácter y elogiado por el consenso general... y el menor el mancebo más disipado y manirroto del Reino, sin amigos ni conducta: el primero, admirador sin ambages de V. Señoría, y en apariencia vuestro preferido; el otro enamorado de María, pupila de Sir Peter, y correspondido por ella. Ahora bien, tomando en cuenta tales circunstancias, no logro explicarme por qué V. Señoría, viuda de un caballero de la corte y no desprovista de bienes, no se allana a retribuir la pasión de un admirador del buen nombre y las perspectivas del Sr. Surface; y menos todavía por qué os ocupáis con desusado empeño en destruir el mutuo afecto que subsiste entre su hermano Carlos y María.

LADY SNEER. — ¡Qué fácil de revelar es el enigma! Debo decirle que el amor no interviene para nada en las relaciones entre el Sr. Surface y yo.

SNAKE. — ¡No!

LADY SNEER. — A quien realmente está apegado es a María, o a su fortuna; pero, al descubrir en su hermano a un rival preferido, se vió en la necesidad de disimular sus pretensiones y de recurrir a mi asistencia.

SNAKE. — Más me sorprende entonces vuestro interés en que tenga éxito.

LADY SNEER. — ¡Cielos! ¡Qué tardo es Ud! ¿Ni sospecha siquiera la debilidad que hasta ahora

la vergüenza me ha impedido revelar, y que aun a Ud. he ocultado? ¿Debo confesar que Carlos —el libertino, el manirroto, de fortuna tan agotada como su fama— que por él empleo mis desvelos y mi malicia, que para conquistarlo sacrificaría cualquier cosa?

SNAKE. — No hay duda de que esto da consistencia a vuestra conducta; pero, ¿qué os llevó a compartir confidencias con el Sr. Surface?

LADY SNEER. — El común interés. Hace tiempo conozco su verdadera naturaleza. Lo sé hipócrita, egoísta, maligno... en resumen, un bribón de sentimiento; para Sir Peter en cambio, y en realidad para cuantos lo tratan, pasa por un juvenil milagro de prudencia, benevolencia y buen sentido.

SNAKE. — Así es; jura y perjura Sir Peter que no tiene igual en toda Inglaterra; lo elogia en especial como hombre de buenos principios.

LADY SNEER. — Verdad; y merced a su hipocresía y a sus sentimientos ha logrado que Sir Peter sólo vea por sus ojos en lo concerniente a María. Mientras tanto, el pobre Carlos no encuentra quién lo apoye en la casa... aunque temo que tenga un sostén poderoso en el corazón de la niña, y contra ella debo dirigir mis intrigas. *(Entra un Sirviente.)*

SIRV. — El Sr. Surface.

LADY SNEER. — Hazlo subir. *(Sale el Sirviente.)* Es su hora acostumbrada de visita. No me sorprende que la gente lo suponga mi galán. *(Entra José Surface.)*

JOSÉ S. — ¿Cómo os encontráis hoy, mi querida Lady Sneerwell? Sr. Snake, beso a Ud. las manos.

LA ESCUELA DEL ESCANDALO

ACTO I

ESCENA I. — En casa de LADY SNEERWELL
(Al levantarse el telón, se descubre a LADY SNEERWELL frente a su tocador; en tanto, SNAKE sorbe el chocolate.)

LADY SNEERWELL. — ¿Debo pues creerle, Sr. Snake, que todos los párrafos fueron insertados?

SNAKE. — Lo fueron, señora mía; y puesto que yo mismo los copié disimulando la escritura, nadie podrá sospechar de dónde vienen.

LADY SNEER. — ¿Hizo Ud. circular el rumor sobre la intriga entre Lady Frágil y el capitán Gigante?

SNAKE. — El asunto ha tomado un impulso tal que no podría estar más de acuerdo con los deseos de V. Señoría. En el curso habitual de estas cosas, creo que dentro de 24 horas habrá llegado a oídos de la Sra. Clackitt; después de ello, bien lo sabéis, no hay que preocuparse más por el asunto.

LADY SNEER. — Nadie puede negar que la Sra. Clackitt tiene su migaja de talento, realzado por un empeño a toda prueba.

SNAKE. — Verdad es, señora, por ello no dejó de sonreírle el triunfo en su momento. Por cuanto sé, fué causa de la disolución de seis compromisos, sin hablar de tres hijos desheredados, cuatro raptos forzados y otras tantas prisiones;

por lo demás, consiguió nueve separaciones de bienes, dividió nueve hogares y provocó dos divorcios. Más de una vez descubrí sus huellas en las "Entrevistas imaginarias" de la "Revista Campo y Ciudad" cuando, tal vez, ambos implicados no se habían visto antes en su vida.

LADY SNEER. — Nadie le niega sus talentos, pero su estilo es poco refinado.

SNAKE. — Es muy cierto. En general, su plan es adecuado, libre su lengua y atrevida su invención; en cambio, sus colores son demasiado sombríos y sus contornos a menudo descabellados. [Carece de esa delicadeza en la media tinta y esa donosura en la burla que caracterizan los rumores de V. Señoría.]

LADY SNEER. — No es Ud. imparcial, Snake.

SNAKE. — Por supuesto que no; todo el mundo reconoce que puede hacer más daño Lady Sneerwell con una sola palabra o una mirada que otros con el más exacto detalle, aunque a veces hasta puedan estar apoyados por un átomo de verdad.

LADY SNEER. — Lo concedo, querido Snake; y, como no soy hipócrita, no niego la satisfacción que derivó del éxito de mis esfuerzos. Herida yo misma, en una época anterior de mi vida, por la lengua venenosa de una calumnia, confieso que desde entonces nada me produjo más placer que rebajar a otros al propio nivel de mi quebrada reputación.

SNAKE. — ¿Qué más natural? Aunque juró que últimamente me habéis empleado en un asunto en el cual no alcanzó a descubrir vuestros motivos.